



NAVELUZ

BENJAMÍN BARAJAS, DIRECTOR DE LA COLECCIÓN

EDICIÓN EDGAR MENA

DIRECCIÓN DE ARTE Y DISEÑO CAROLINA FERNÁNDEZ

ILUSTRACIONES RUBÉN GUERRA

NAVELUZ

DEPARTAMENTO DE COMUNICACIÓN, PROYECTOS EDITORIALES,

DEPARTAMENTO DE IMPRESIONES DE CCH NAUCALPAN.

CALZADA DE LOS REMEDIOS 10, COLONIA LOS REMEDIOS,

NAUCALPAN, MÉXICO, C.P. 53400

NO TENGAS MIEDO

RELATOS DE FANTASMAS, DEMONIOS, HECHICERAS Y OTROS SERES

PRIMERA EDICIÓN, ENERO DE 2016.

© FELIPE GARRIDO

© 2016, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

CIUDAD UNIVERSITARIA, DELEGACIÓN COYOACÁN,

C.P. 045010, MÉXICO, DISTRITO FEDERAL.

ISBN...

"PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL POR CUALQUIER MEDIO,  
SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS DERECHOS PATRIMONIALES".

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO

FELIPE GARRIDO

NO TENGAS  
MIEDO



RELATOS DE FANTASMAS,  
DEMONIOS, HECHICERAS,  
CHANEQUES Y OTROS SERES

*SELECCIÓN Y EDICIÓN*  
*ALEJANDRO GARCÍA*

  
Naveluz



## ANTOLOGÍA



### FANTASMAS, LA NOSTALGIA DE LA VIDA

Insomnio	08
Veladoras	10
Bajo tierra	11
La visita	12
Como entonces	15
Voces	16
Ver para creer	17
Un jardín	20
Nocturno	21
Un baúl	22
No abras la puerta	23
Faros	26
Ven conmigo	27
Lecturas	28
Olvido	29
Solitario	30
Compañera	31
Ahora que yo la cuidó	32
Día de muertos	34
Un soplo de aire	36
Condena	38
Incrédulos	39
Camposanto	40
Lluvia	41



### DEMONIOS, DIABLOS Y DIABLEJOS

Diabólica	43
Vera Esperanza	45
Un demonio	47



Chaneques	49
Cuentan que el demonio	50
San Godardo	51



### HECHICERAS

Tres	55
La fuente	56
El séptimo hijo	57
La mujer del manto	58
Dicen	59
El tajo	61



### OTROS SERES

Caricias	63
No tengas miedo	65
Peligros del monte	66
Del otro lado	67
En tren	68
Un cuadro	69
El Gentil	70
Otro gruñido	71
¿Quién anda ahí?	72
Once veces once	74
Buenas noches	75
Dos momias	76
Máscaras	77



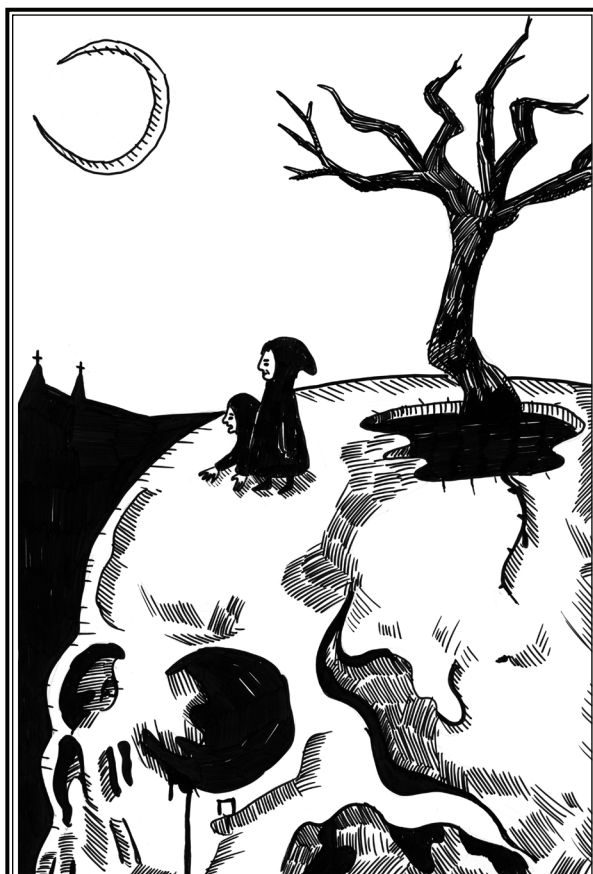
### COROLARIO

Un hombre asustado	79
--------------------	----

### EPÍLOGO

Pórtico	86
---------	----

# ANTOLOGÍA



FANTASMAS,  
LA NOSTALGIA DE LA VIDA

## INSOMNIO

—TENGO MIEDO —dijo la niña con una vocecita de algodón de azúcar, y alzó la mano para tocar al hombre que la veía, pero la bajó enseguida, como arrepentida de su atrevimiento.

El hombre estaba sentado en una mecedora, al lado de la lámpara. Era una madrugada fría y se había arropado bien. Tenía una bufanda tejida y una boina gastada y un jorongo de lana doblado en cuatro sobre las piernas.

—¿Crees que venga? —preguntó la niña, sentada en la orilla de la cama, fuera ya de la luz, en la penumbra dorada que borraba los muros de la habitación.

El hombre volvió a dejar en las rodillas el libro que estaba tratando de leer y se frotó las narices ateridas y pensó que sería bueno prepararse un té, pero la mera idea de bajar a la cocina lo desanimó. Echó atrás la cabeza hasta el respaldo y sacó un cigarro, con las uñas, de la cajetilla que tenía en el bolsillo de la camisa. Lo encendió, fumó sin saborear el humo —pero eso le procuraba una sensación de calor— y después miró de reojo a la niña.

—¿Crees que venga? —insistió ella balanceándose frente a él, en medio del desorden de sábanas y almohadas, con un tono apremiante.



—¿Quién va a venir? —murmuró él, cansado.

—El de todas las noches —contestó la niña en un susurro, con un estremecimiento que no era de frío. Ella no sentía frío jamás. Por eso andaba con los brazos desnudos. Con una sombra de lirio que le velaba el rostro. “¿El de todas las noches?”, preguntó el hombre sin decir palabra, haciendo más alto el arco de las cejas, metiendo las manos bajo el jorongo, porque verla así, descalza, con la faldita corta, le daba más frío.

—El fantasma —susurró la niña encorvándose, sorprendida de haberlo dicho.

El hombre soltó una carcajada. Se sacudió tan violentamente que estuvo a punto de perder la boina y los ojos se le llenaron de lágrimas. Cuando alzó de nuevo la vista, la niña se veía borrosa. El hombre adelantó la cabeza para buscarla.

—¿Ya lo olvidaste? —dijo—. El fantasma eres tú.

*La Musa y el garabato*. México: FCE / UG, 1992, pp. 176-177.

## VELADORAS

¿HACÍA CUÁNTO? Muchos, muchos años, quién sabe cuántos. Si comenzaba a averiguarlo se perdía haciendo cuentas. ¿Había sido desde antes de que...? ¿Ya no estaba en...? ¿Todavía no había muerto...? Con lo que tenía le bastaba. No quería más, no necesitaba más. Con eso le alcanzaba para comer — muy poco, no tenía mayor necesidad; a veces un bolillo alcanzaba para dos días, siempre había sido así—, para tomar el Metro, para pagarse un baño casi cada semana —siempre había sido más bien catrín. Tenía su lugar frente a Catedral, y pasaba las cuotas que tenía que pasar sin broncearse con nadie, sin protestas, así era la cosa; él lo entendía. No le iba mal. En lo que gastaba era en veladoras. Por todos lados las ponía; una hoguera parecía el cuarto donde lo dejaban dormir. Toda la noche encendidas. Solamente una vez se había quedado a oscuras. Y entonces clarito las oyó cómo lo llamaban, cómo le pedían, cómo se quejaban, cómo sufrían en el Purgatorio.

*La Jornada semanal*. Núm. 719 (7 de diciembre de 2008), p. 14.

## BAJO TIERRA

SESENTA O SETENTA METROS bajo tierra, un día de otro tiempo, en mi juventud, vi a una mujer en el andén de enfrente: radiante, fresca, pelirroja, mirada ensimismada, unos libros contra el pecho. ¿Una maestra joven, una estudiante? No pude quitarle los ojos de encima; cuando ella cruzó conmigo la mirada, la ocultó el convoy, un relámpago naranja. Lo mismo dos o tres días después, y la semana siguiente, y la otra. Un día dejé mi andén para cruzar por los puentes y túneles y alcanzarla, pero el Metro llegó antes que yo. Así otras veces. Pasó el tiempo, cambié de trabajo y de rutina; dejé de verla; la olvidé. Hasta que hace un momento, por casualidad, al volver a esta estación la he recordado. Sesenta, setenta metros bajo tierra, entre toda esa gente que espera el Metro del otro lado de las vías, de pronto vuelvo a verla: radiante, la hermosa cabellera suelta, los libros contra el pecho, inconfundible. Me aterra verla, intocada por el tiempo.

*La Jornada semanal.* Núm. 577 (26 de marzo de 2006), p. 14.

## LA VISITA

—¿TÚ CREES QUE MI ABUELA ESTÁ MUERTA? — preguntó Berta con angustia, a su oído, en la habitación a oscuras, abrazándose bajo las sábanas a su cuerpo, que no alcanzaba a regresar del abandono del sueño.

—Todas tus abuelas están bien muertas.

—Mi mami Tencha, digo. ¿De veras crees que ya se murió?

—Tu mami Tancha y doña Mila y todas las demás, si más tuvieras. Todas están bien muertas y bien enterradas — dijo con fastidio, mientras se esforzaba por despertar, sin convencerse de que su mujer le estuviera preguntando eso en serio.

—No, no. Yo también lo creía, pero no es cierto. Mi mami Tencha está abajo, en la sala. Vino a vernos. Viene peinada de salón y sin anteojos. Muy guapa, muy elegante — dijo Berta en un susurro, mientras su cuerpo se estrechaba al de su marido—. Acompáñame, vamos a saludarla.

Él la abrazó sin decir nada, mientras procuraba recordar dónde estaba; qué día, qué hora era. Le costaba trabajo entender lo que Berta le decía.

—Viene con una amiga. No me la presentó. Se sentaron las dos juntas, en el sofá grande. No seas majadero, vamos a verla.

Él apretó el brazo, sin ganas de salir de la cama.

—No seas tonta. Abajo no puede haber nadie.

Lo habrás soñado.

—Bajé a abrirle. Nos está esperando. Tan chula mi mami Tencha. Tan considerada. Me pidió que te fuera despertando poco a poquito. Que no te asustara.

Él se incorporó a medias. Más allá de la puerta entreabierta la casa seguía a oscuras. Había el resplandor acostumbrado de los faroles callejeros. Llovía quedamente, casi sin ruido.

—No te oí bajar.

—Estabas bien dormido.

—Nadie puede bajar ni subir esa escalera sin que se oiga en toda la casa. No hay luz en la sala. Te digo que lo soñaste.

—Me pidió que no prendiera. Que no hacía falta, me dijo.

—Hace tres años que se murió tu abuela. Le quitaron un pedazo de hígado, acuérdate. La abrieron por todas partes. Se fue quedando en los huesos.

Al final ni siquiera nos reconocía.

—Le presté un jorongo porque tenía frío.

—Si quiere vernos, que suba —refunfuñó él, enojado porque tenía ganas de dormir y no faltaba mucho para que amaneciera y le esperaba un día difícil.

—No seas malo, no digas cosas así —suplicó Berta—. Mi mami Tencha ha sido siempre muy respetuosa.

Te ha tratado bien.

Él sintió que finalmente, contra su pesar, había despertado. Apretó de nuevo el abrazo, bajo las sábanas, y sintió que su mujer tiritaba.

—Ya pasó, vida —le dijo mientras la besaba—.

Son esos sueños que tienes.

—Tan guapa que está mi mami Tencha. Su piel tan tersa; sus ojos tan brillantes.

—Berta, no seas tonta.

—Te digo que vengas; no la hagas esperar.

—Berta, ¿No te acuerdas? La noche que se murió tu abuela...

Ella le cubrió la boca con la mano y alzó a medias la cabeza y lo miró con un gesto de triunfo pues así, bajo el silencio de la lluvia y la madrugada —los pasos crujían en la escalera— era evidente que alguien comenzaba a subir.

*La Musa y el garabato.* México: FCE / UG, 1992, pp. 122-124.

## COMO ENTONCES

AHORA HAY UNA ALTA jacaranda, una constelación violeta en estos días, que crece callada a su lado. Hay nuevas construcciones, una valla de alambre y bugambilias, estanques con lotos y carpas, ruidos nuevos. Al fondo los cerros, como siempre, con su perfil extraordinario, rematados por los giros de las águilas, por el vuelo imprevisible de las fugaces golondrinas, por las nubes continuamente renovadas.

De noche sigo, como entonces, las rutas luminosas de las estrellas y de la Luna, que se repiten como si nunca cambiaran... pero no siempre me acerco, porque hay gente que no conozco. Solamente cuando el viento desgaja los árboles y dobla los bambúes; cuando los nubarrones que llegan del norte se desploman en relámpagos y en lluvia tan apretada que borra la tarde. Entonces llego al borde del pozo, igual que en aquel otro crepúsculo, con pasos cuidadosos, precavidos, para no caer, como entonces, y vuelvo a asomarme para ver si me encuentro.

*La Jornada semanal.* Núm. 580 (16 de abril de 2006), p. 14.

## VOCES

ALZAS LA CABEZA CON SOBRESALTO, la borneas, bajas el volumen del radio, entrecierras los ojos, retienes el aire, aguzas la atención, esperas que se repita. La segunda vez apagas el radio, con una punzada en la nuca, los vellos erizados, y te pones de pie, alerta, empuñado el innecesario bastón. Algo alcanzaste a escuchar. Enciendes la otra lámpara y en la sala donde trabajas, entre estancia y biblioteca, las sombras se repliegan a los rincones. Piensas si puedes haberlo imaginado. Sabes que en la casa enorme, aislada, rodeada de árboles y matorrales que parecen muertos durante el estiaje no hay nadie más que tú. Vuelves a sentirlos. No son ratones, ni el aire, ni las duelas del piso. ¿De dónde vienen, qué dicen, qué quieren? Avanzas con cuidado de no hacer ruido, hacia la puerta que está entornada. Apenas has dado tres pasos las escuchas, sólo un susurro, a tus espaldas: “¿No quieres vernos, de veras no quieres vernos?” Muy despacio, te vuelves.

*La Jornada semanal.* Núm. 590 (25 de junio de 2006), p. 14.



## VER PARA CREER

—¡QUÉ BUENO QUE ESTÁ USTED AQUÍ, TODAVÍA!  
—dijo Amelia y le clavó los ojos, rabiosamente negros, subrayados por una línea oscura.

Esteban se quitó las gafas. Alzó la cabeza. Se reclinó hacia atrás en el sillón de resortes.

—¿Tan tarde es?

—Ya no hay nadie. Son casi las nueve.

Esteban vio la oficina vacía. El espacio enorme. Las columnas y los escritorios que se repartían uniformemente. Los plafones luminosos. Las calculadoras y las máquinas de escribir enfundadas. La cafetera encendida. Miró en su escritorio las facturas y las pólizas y las remisiones.

—No me di cuenta. Ando retrasado.

—También yo tenía unas cosas pendientes. Pero no me gusta salir tan tarde.

—¿Vive muy lejos?

—No, no es eso. Es que...

—Amelia se detuvo. Por su rostro cuidadosamente maquillado cruzó una sombra o una sonrisa. Esteban alzó las cejas.

—Es que... —repitió ella mientras se apartaba unos pasos y se volvía como si fuera a dar alguna explicación, pero no pronunció palabra.

La vio entonces, lista para retirarse. Como si estuviera temerosa. La bolsa y el saco en las manos. Echó un vistazo al reloj.

— Si usted quiere, la acompaño para salir — dijo Esteban, y comenzó a poner en orden sus papeles.

— Me pone de nervios quedarme sola — dijo Amelia, sin alzar la vista, cuando la puerta del elevador se cerró—. No me gustan los aparecidos.

Esteban la miró en espera de un gesto para soltar a reír, pero ella le sostuvo la mirada.

— ¿No se ha enterado? — preguntó la muchacha, abriendo los ojos más y más—. Dicen que allá arriba hay un espanto.

— ¿Lo ha visto?

Amelia se sacudió con un escalofrío. Se aproximó a él y apoyó en su pecho la cabeza perfumada. Esteban le pasó el brazo por los hombros. El ascensor bajaba por un túnel de noche y silencio.

— No me diga que cree en esas cosas — insistió Esteban.

— Muchos lo han visto. Cuando se quedan tarde, solos. Me contaron que...

Esteban apartó a la muchacha para verle la cara.

— Tú no puedes tomártelo en serio — le dijo con ganas de consolarla, abrazándola, como si su propia incredulidad pudiera protegerla.

—¿De veras no crees en fantasmas? —preguntó Amelia con un acento de agonía y luego, mientras él decía que no, mientras el elevador bajaba por el pozo de tinieblas, se fue poniendo triste, triste, cada vez más pálida, más etérea.

*Garabatos en el agua.* México: Grijalbo, 1985, pp. 178-180.

## UN JARDÍN

LA CASA DE LA TÍA DELFINA tiene el jardín más bonito que hay en la Tierra. Tiene mangos, floripondios, limones, guayabas, tabachines, moreras y lichis, que son unas frutas como fresas, pero con cáscara un poquito dura. Los lichis son un poco dulces y un poco ácidos. En el jardín de mi tía hay flores, pájaros, mariposas, chuparrosas y en las orillas alacranes. En las noches la familia se sienta en un corredor que da al jardín, a tomar agua de jamaica y a platicar. Luego empiezan a brillar los cocuyos: puntitos de luz que se prenden y apagan mientras van volando. En las noches las flores huelen más, no sé por qué. Y todos nos acordamos del huele de noche porque era el que mejor olía y el que más nos gustaba. Hasta que una tarde granizó tan fuerte que se cayó. Tuvieron que cortarle las ramas. Ahora es sólo un tronquito. La tía dice que va a volver a crecer, y nosotros nos sentamos a esperarlo. Nos urge que crezca, porque ahuyenta a los muertos.

*La Jornada semanal*. Núm. 781 (21 de febrero de 2010), p. 14.

## NOCTURNO

POCO DESPUÉS MI MADRE apagó la luz de la recámara. Oí cómo rogaba por nosotros. Esto me confortaba. Comenzaban a cerrárame los ojos. Si sus oraciones se hubieran alargado, me habría adormecido, pero terminó de rezar y ya no pude dormir. Llovía levemente. Nadie pasaba por la calle. El silencio era absoluto. En la alcoba de al lado mi hermano suspiraba entre sueños. Mi padre no se movía. Mi madre tampoco. Imaginé que la Muerte podría estrangularlos, sin ruido; luego cruzaría de puntillas la habitación y desaparecería por el corredor. Al andar crujiría la duela... Sus pisadas crepitarían como sucede cuando se camina sobre hojas secas... Y todo ocurría en tinieblas... Temblé de terror. Tuve un momento de expectación en que no supe de mí; perdí la noción del tiempo y de las cosas. No acertaría a decir cuánto duró aquello, ni qué hice mientras tanto. De pronto, en medio del silencio, el grito, los sollozos, el llanto de mi madre: acababa de verme.

*La Jornada semanal.* Núm. 703 (24 de agosto de 2008), p. 14.

## UN BAÚL

NI LA TÍA RUTH, NI LA ABUELA Marta, ni siquiera su prima Elisa, la más vieja de todos, sabe quién es la muchacha que me mira en el pasillo; la que está en la fila de atrás, apenas apartada del grupo, en la quinta de los bisabuelos, del lado de la cascada, cerca de Naolinco, dicen; la de los ojos grandes. Nadie sabe, tampoco, que hay otra foto donde está ella sola. La encontré en un baúl, en el desván, en una cajita de cartón, con tres atados de tarjetas que tienen las orillas gastadas. “Muñeca adorada...” comienzan diciendo las de la cinta verde; las firma Nicanor. “Tu rostro idolatrado, de palidez ideal, me persigue en sueños”, dice una de las que están sujetas con un cordón dorado; las firma Ernesto. Las otras están a lápiz, no pueden casi leerse “...cuando quise ceñirte la cintura...” dice una. Subo cuando están en la siesta y la casa huele a café. “He conocido el amor en tu mirada...” empiezo a escribir. Los labios me queman cuando la beso.

*La Jornada semanal.* Núm. 602 (17 de septiembre de 2006), p. 14.

## NO ABRAS LA PUERTA

EN ALGUNO DE LOS TRES PISOS de la Facultad se halla el salón. Nada lo distingue. Abres una puerta y allí estás. Ni siquiera sé si es en el mismo lugar. Lo mejor es que no entres, que te marches enseguida, que no abras la puerta. Hay gente distraída que lo hace así; que pasa de largo sin saber que acaba de salvar no la vida sino el alma. Hay gente que se asoma un instante y no alcanza a escuchar nada y da media vuelta y se va. Espero que seas de esos bienaventurados. Que no llegues a sentarte allí. Que no escuches la voz.

En el fondo del salón, de pie en la tarima, un hombrecito lee sin hacer pausas. Inmutable, con el libro en lo alto, terriblemente cerca de los ojos, de modo que su rostro queda oculto y la voz se le desfigura. Por encima de su cabeza calva una lámpara de neón lo cubre de sombras. Unos cuantos pupitres están ocupados. Hay parejas de viejos que se besan en la boca con los ojos cerrados. Gente que escucha radios portátiles; come o se hace dar grasa. Aviones de papel que describen amplios giros sin ruido.

Jóvenes que pasan en limpio apuntes de otras clases. Muchachas que ven cómo se alza de puntas la noche para asomarse al salón.

El hombrecito lee sin descanso y sin énfasis; no separa los brazos de los costados enjutos; no afloja la tensión con que sostiene el libro. Si acaso quedarás cautivo, al menos no mires el libro.

Es un volumen encuadernado en piel, del mismo color que las manos. Uno se figura que es su cara. Pero es una ilusión, pues la cara está detrás, olvidada. Nadie conozco que la haya visto jamás.

No abras la puerta, te digo. Sobre todo, si llegaras a hacerlo; por descuido, sin darte cuenta, porque buscas a alguien, porque no sabes bien dónde tienes clase, no te detengas, sal de allí. No lo mires, no lo escuches, pues entonces no podrás abandonar nunca el salón. Y, quienquiera que seas, quienquiera que leas esto, reza por mí, compañero. No te olvides de mi alma carnal.

Una voz sin peso y sin origen me distrae. Dejo a un lado la hoja de cuaderno que tomé del piso y veo, al fondo del aula, a un hombrecito de traje flojo. No puedo mirarle la cara porque está leyendo un libro empastado en piel que sostiene casi contra los ojos; o allí en ese lugar donde supongo que deben estar los ojos.



La lámpara, por encima de su cabeza, le abrillanta  
la calva. Lo miro absorto. Tardo en escuchar la voz:

*Vivie en esta vida en grand tribulación  
murió por sus pecados por fiera ocasión,  
nin priso Corpus domini, nin fizo confesión,  
levaron los diablos la alma en presón.*

*La Musa y el garabato. México: FCE / UG, 1992, pp. 92-93.*

## FAROS

CUANDO ALZÓ LA VISTA del teclado sintió un resplandor abajo, en el jardín. Entre las ramas del durazno vio encendidos los faros de la camioneta. Le llamó la atención porque no hacía falta apagarlos; bastaba cerrar la marcha para que se extinguiera la luz. Por encima de la tela palpó las llaves en el bolsillo. Habrá quedado abierto algo, pensó, mientras bajaba. Era casi la una y no había nadie en casa. Encendió la luz en la cocina y salió al patio: los faros estaban apagados. Tardaron más que de costumbre, se dijo; apagó la cocina, apoyó la mano en la puerta y sintió que algo lo acompañaba; en el muro del fondo había un reflejo. Volvió al patio; los faros estaban apagados. Abrió y cerró las puertas, recogió un sobre que había olvidado. Cerró con llave. Volvió a cruzar la cocina, apagó la luz. Cuando apoyó el pie en el primer peldaño, desde el fondo de una vitrina que guardaba cristales viejos de familia le llegó, una vez más, el doble resplandor.

*La Jornada semanal.* Núm. 787 (4 de abril de 2010), p. 14.

## VEN CONMIGO

EL ABUELO ESTÁ SENTADO frente a la casa, en medio del jardín. Muy derecho en la silla de palo; con la pierna cruzada, las manos entrelazadas en la rodilla, el cigarro asomado entre los dedos. Lleva un traje oscuro, corbata a rayas, pañuelo en el bolsillo, botines y bastón. A sus pies duerme un perro blanco, pero no sé cómo se llama.

—Ven conmigo —vuelve a decirme y me mira bur-lón con los ojos brillantes. El abuelo es calvo; tiene las cejas muy grandes, y las orejas y la nariz.

—Hey, ven acá —insiste sin mover los labios, con un susurro que me llega de su mirada.

—¿No me oyes? —pregunta, como si fuera a enojarse, pero él sabe bien que lo escucho. Que sus palabras se me enredan en las orejas. No quiero oírlo. No quiero hacerle caso. Me quedo quieto, de pie, casi sin respirar. Camino hacia atrás, paso a pasito, buscando la puerta del cuarto, sin quitar la vista de la foto que cuelga de la pared.

*La Musa y el garabato.* México: FCE / UG, 1992, pp. 13-14.

## LECTURAS

CADA VERANO NOS LEÍA los mismos cuentos. Al caer la tarde nos sentábamos en la escalera de la entrada, todos los de la cuadra, en un orden inalterable de edades y estaturas. Mamá salía con el libro de siempre y nos leía los mismos cuentos, en el mismo orden de todos los años, con la misma voz, las mismas pausas, las mismas exclamaciones, las mismas risas, los mismos sustos, las mismas sorpresas, la misma pasión. Cada tarde, durante las vacaciones de verano, mientras el sol se apagaba, mamá leía en la oscuridad de la calle sin faroles y sin automóviles. Sólo su voz se escuchaba. Su voz y los grillos y nuestras risas, o alguna exclamación de horror. Si alguien llegaba a destiempo, Marta encendía un cerillo para ver quién era.

Recuerdo la noche aquella en que brillaba una rajita de luna y Marta se volvió para encender otro cerillo y lo soltó gritando y todos creímos que se había quemado y ella seguía aullando como si la hubiera picado un alacrán y mamá tuvo que dejar de leer porque Marta se tapaba la cara llorando y nadie, nadie, nadie le creyó lo que dijo porque todos sabíamos que la abuela acababa de morir.

*La Musa y el garabato.* México: FCE / UG, 1992, p. 60.

## OLVIDO

MÍRELAS DESDE AQUÍ, que no lo vean. A veces salen, a veces no. Eso sí, siempre tres. Así se sientan, ahí en cualquiera, les da igual; sí, bajo algún árbol. Se acercan entre ellas y parece que se dicen cosas; que tosen o que se ríen. Tiene suerte. No siempre hay tanta luz. Mire los trapos que llevan; los guantes largos, los sombreros emplumados, los rebozos y mantones con que se cubren los hombros, las faldas... ¿Es terciopelo?, ¿organza?, ¿brocado? Usted lo sabrá mejor. Largas, eso sí, hasta el piso; rara vez se les pueden ver los zapatos; las arrastran por el lodo, porque aquí hay charcos siempre. Pero todo viejo. Todo como revuelto, como ajado, como lo que se guarda y olvida largo tiempo. Si el aire viene para este lado ya va a sentir sus perfumes: los de un cajón de cedro que de pronto se abriera, donde alguien hubiera olvidado unas flores muchos años antes. No es que se aparezcan, no; dicen que fue un olvido, la Muerte, ¿sabe?, a veces...

*La Jornada semanal.* Núm. 663 (18 de noviembre de 2007), p. 14.

## SOLITARIO

UNO SABE QUE en ese piso no habría que permanecer tanto tiempo. Noche cerrada. Las ventanas, todas cristal; la ciudad sólo luces; quince, veinte pisos abajo automóviles, camiones, gente que espera el rojo para cruzar; ruidos que no llegan. Aquí sólo silencio. Los cubículos que van quedando vacíos. Al final del pasillo, de vez en cuando, la campana del elevador, cada vez más espaciada. Sobre el escritorio, un rimero de oficios. Una silueta en la puerta:

—¿Vienes?

—Ya casi acabo.

—Tú sabes.

Una vez más la campana. Luego silencio. La pluma araña el papel con las firmas. Como si alguien rascara el muro, del otro lado. Uno sabe que debería haber salido. De pronto ponerse de pie, con urgencia. Tomar las llaves, cerrar el cajón, salir al pasillo, caminar de prisa. Uno sabe que ya no debería estar allí. Interminable, por en medio de los privados, una puerta tras otra, al través de la luz mortecina. Al fondo el elevador, tan lejos, tan lejos, tan lejos.

*La Jornada semanal.* Núm. 563 (18 de diciembre de 2005), p. 14.

## COMPAÑERA

ME MIRA CALLADA, como de costumbre, sentada frente a mí, más allá de la mesa y de tu mirada, en el marco de la ventana. Me mira escribir y no se impacienta. No le importa esperar. Puede pasar en ese sitio —le gusta— todo el día o toda la noche. Ver conmigo cómo amanece, cómo se encienden las camelinas. Me acompaña, como siempre, sin decir palabra, sin apresurarme, sin molestarse si no le tomo en cuenta.

Sabe que no podré olvidarla. Coqueta, advierte que la temo. Eso le hace sonreír. Sabe que tendrá que llegar a ella. Es paciente. Puede esperarme. Cada vez me tiene más cerca. Eso la divierte. Me acompaña siempre, con sus altos pómulos, mi muerte.

*Sábado*. Núm. 554 (14 de mayo de 1988), p. 8.

## AHORA QUE YO LA CUIDO

AHORA VEO A MI HIJA. Una vieja jorobada y regordeta, de piel blanquísima, manos grandes y manchadas. El cabello recogido en la nuca. Los ojos lacrimosos y apagados. Algunos dientes de oro. Los labios contraídos para aspirar angustiada y pacientemente el aire que le hace falta.

Aparece por la puerta de la cocina y se detiene allí un momento. Alza la cara como para recordar qué quiere hacer; como para recibir de frente la luz que rebota en las paredes blancas. Con la punta de los dedos va apoyándose en los muebles.

Clava la barbilla entre los pechos abultados. Arrastra los pies. Los respaldos de bejuco, el arcón del pasillo, la repisa de la chimenea, el perchero, la consola, todo lo va reconociendo con las yemas de los dedos. A veces se detiene y vuelve la cabeza hacia lo alto, hacia este segundo piso donde yo la cuido.

Antes de subir el primer escalón sacude la cabeza. Siempre lo hizo; desde niña. Verla sacudir la cabeza me la devuelve hecha una chiquilla que salta el avión, que canta de uniforme en un festival escolar; hecha una adolescente de cuello airoso y ojos borrados por el llanto que no se atreve a besarme, que sacude la cabeza dos, tres veces, y luego pone los labios sobre mi



frente yerta, toca los míos con los dedos, me susurra al oído frases desesperadas.

Veo cómo se detiene en mitad de la escalera. Cómo se atraganta de aire que no llega a sus pulmones. La veo subir penosamente, escalón por escalón; tirando del pasamanos con los dos brazos; pisando cada vez con el mismo cuidado, como si palpára con los pies cada lugar donde los apoya.

La sigo por el corredor que divide en dos este piso alto al que me encuentro confinada. La veo entrar a su recámara, acercarse a la cajonera, pegar el rostro a los retratos y las figuras y los recortes que hay encima del mueble. Se los aproxima tanto a los ojos que parece que va a restregárselos en la cara, arrugada de más por el esfuerzo que hace para distinguir lo que sostiene en las manos. Atropelladamente va examinando estampas piadosas, calendarios viejos, fotos de familia, hasta que llega al marco de cedro tallado donde yo la veo, suspendida en el prodigio de mis treinta y cuatro años, de mi espléndida cabellera suelta, de mis altos pómulos que resaltan los ojos negros, tan oscuros, tan profundos como el rencor con que ella toma el portarretratos y lo arroja contra la cama y lo recoge sollozante y vuelve a arrojarlo y maldice a gritos este largo abandono en que mi muerte la dejó.

*La Musa y el garabato.* México: FCE / UG, 1992, pp. 137-138.

## DÍA DE MUERTOS

—ASÍ ES LA TRADICIÓN— dijo el hombre y se alzó de hombros, frente al altar, en aquella última casa de San Gabriel, al cabo de la calle de tierra.

Marita y yo habíamos caminado de una casa a otra, entre grupos de turistas, viendo las ofrendas, escuchando las explicaciones, hasta llegar a aquel callejón por donde avanzamos para besarnos. Y entonces las vimos, las huellas de luz.

—Los difuntos regresan esta noche a sus casas —dijo el hombre mientras cambiaba de lugar una botella, mientras tomaba la guitarra para aproximarla a la fotografía que estaba en el centro del altar, entre la loza vidriada y las canastas de pan.

Era un cuarto pequeño, iluminado por las velas del monumento y por un foco pelón que colgaba en medio. Una mujer nos invitó a pasar, con un gesto sin suspender sus oraciones. Otras personas, que estaban sentadas en una hilera de sillas contra el muro del fondo nos sonrieron y se arrodillaron para responder la letanía.

—A buscar su gusto, a recibir las ofrendas —dijo el hombre y luego se volvió hacia nosotros y nos señaló unas sillas. Pero no estábamos cansados.



Yo abrí un limón real. Marita, siempre más atrevida, pulsó la guitarra.

—En ésa no salimos tan bien; parecemos dos ratitas mojadas —me dijo en voz baja, para no ofender a nadie, señalando con la barbilla hacia el centro del altar.

*La Musa y el garabato.* México: FCE / UG, 1992, pp. 232-233.

## UN SOPLO DE AIRE

EL GATO DUERME EN EL REGAZO de Amelia; sus orejas puntiagudas me siguen. Los niños juegan en el piso. De la cocina llega un aroma de chocolate, de pan tostado, de mantequilla.

—Este Esteban estuvo tirando al gato —dice Laura arrodillada en la alfombra, concentrada en quitarle la ropa a una muñeca.

—No es cierto, no es cierto —grita su hermano, que deja a un lado la pelota y golpea a la niña con los puñitos cerrados, furiosamente, en la espalda y en la cabeza.

—Lo agarraba de las patas y se paraba en la cama para tirarlo más alto —dice Laura, entornando la mirada, sin preocuparse por los golpes de la criatura—. Hasta la muchacha se dio cuenta y se lo vino a quitar.

—Pues esta Laura siempre anda agarrando mis canicas, revolviendo los cajones —gimotea Esteban que se vuelve hacia su madre y ve allí el gato que tiene los ojos cerrados, las patas escondidas debajo del cuerpo atigrado, suave y cálido, en las piernas perfumadas. Mira sus orejas que se mueven, pero no sabe que me están buscando.

—No peleen, niños —aconseja Amelia sin apartar los ojos de la labor—. Mejor lávense las manos.

—Pero no hizo nada de caso— prosigue Laura con su vocecita dulce, al tiempo que le arranca los calcetines a la muñeca—. Siguió molestándolo hasta que el bicho se metió detrás de la tele y empezó a hacer bien feo y...

—Mugre mentirosa, mugre embustera —grita el niño y el gato alza las orejas, que son las más grandes que yo haya visto, pero no porque le moleste el pleito de los niños, sino porque dormido, como ésta, quiere seguirme.

Quietos, niños ¡a merendar! —exclama Amelia y finge tan bien su entusiasmo que la mirada se le enciende, me hace recordar alguna vez que me vio de ese modo. Agita la cabellera que huele a yedra y vuelve la vista hacia la ventana, que está cerrada, porque tuvo la impresión de que soplaba un poco de aire y palmorea para apurar a los hijos, que se van poniendo de pie.

Entonces el gato abre frente a mí los ojos oblicuos, se incorpora en el regazo de Amelia, arquea el lomo esponjado, maúlla y bufa y salta con la cola enhiesta. Desaparece por el pasillo, hacia la cocina.

—¡Gato loco! —dice Esteban y se ríe.

—¿Es cierto, mami? —pregunta Laura mientras la toma de la mano— ¿Es cierto que los gatos ven a los muertos?

*Garabatos en el agua.* México: Grijalbo, 1985, pp. 118-119.

## CONDENA

ENTRARÁS EMPUJADO POR OTROS, con la angustia de no quedarse en el andén, cuando las puertas ya se cierren, y buscarás de dónde asirte, proyectado hacia atrás por la sacudida del ponerse en marcha y sólo después, cuando los vagones tomen el paso regular con que transitan bajo tierra, podrás mirar hacia los lados. Verás, como todas las noches, los cuerpos doblados por la fatiga, las cabezas que duermen, las barbillas clavadas en los pechos. Apoyadas en la puerta de enfrente, dos muchachas irán abrazadas; de vez en cuando se besarán. Una de ellas te retará con la mirada. Solamente después, mucho tiempo después, te darás cuenta de que nadie habla. Un hombre joven y fuerte, un obrero que llevará una mochila con herramienta, moverá en silencio la boca, como si comiera algo, como si rezara entre dientes. Sólo después, mucho tiempo después, cuando habrán pasado dos o tres paradas que no habrás visto nunca, te darás cuenta de que nunca volverás a salir.

*La Jornada semanal.* Núm. 705 (7 de septiembre de 2008), p. 14.

## INCRÉDULOS

NO ME CREYERON. Dijeron que allí no vivía nadie, que estaba abandonado desde hacía no sé cuánto. ¿No había visto los lechos en parte hundidos? ¿Las raíces de los árboles afincadas en los muros? ¿Las iguanas que corrían siempre a espaldas de uno con su ruido de ramas que se arrastran? ¿No había visto el viento subir y bajar las escaleras enardecido?

Lo que vi fue esa mujer que caminaba hacia mí por el corredor de cantera, envuelta en luz, hecha de la materia de la esperanza, cada vez más próxima. No me dijo su nombre y, te lo juro, de sus ojos brotaba el resplandor.

*Sábado.* Núm. 518 (6 de septiembre de 1987), p. 9.

## CAMPOSANTO

LLEGARÁS DE NOCHE y tendrás que salir antes de que amanezca. Así te lo dijeron. Verás que es verdad. En este pueblo el camposanto es lo único cuidado, lo único de alguna manera visible, lo más grande, lo más hermoso. Una luz muy tenue irradiará de los monumentos, aunque no hay luna. Una brasa fría en la oscuridad del pueblo. Y la gente. Solamente en el camposanto —nadie allí dice panteón ni cementerio— verás pasar a alguien. Casi siempre en grupos de tres, de cuatro. Y los oirás reírse, o cantar, porque tienen buen humor, peor lo harán en voz muy baja, porque saben mantener el respeto. Verás también niebla y bruma, sueños y fantasmas, pero eso es cuento aparte.

Si tienes paciencia también la verás a ella. “No tengo otra cosa que darte”, te dirá sin que sepas si se está burlando de ti. Y entonces abrirá las manos. Verás que es un puñado de polvo.

*Conjuros.* México: Jus / UG, 2011, p. 287.



## LLUVIA

LLUEVE AFUERA. No puedo verlas, pero sé que las nubes han llegado del noreste; ésas son las nubes aguaceras. Se asoman por encima de los cerros, y un instante después está ya en el valle al redoblar del chaparrón. Los cerros, de seguro ya cubiertos de espesura. Porque así es siempre; con las primeras aguas, explotan en verdes. No puedo verlos, pero sé cómo los iluminan los relámpagos. Oigo los truenos botando en las peñas. Luego la lluvia se vuelve mansa. Luego va penetrando la tierra, la va poseyendo. Luego va llegando aquí, donde cada año la espero; vuelve a calarme, me va desintegrando.

*Conjuros. México: Jus / UG, 2011, p. 14.*





DEMONIOS, DIABLOS Y DIABLEJOS

## DIABÓLICA

— ¡UN DÍA! — suplicó, protegido por el pentágono trazado con sangre y cera en las duelas.

El diablo lo miró con aire de fastidio desde la racha helada que lo había traído.

— Solamente un día a su lado — insistió el joven con acento de telecomedia — y mi alma será tuya.

— No ofreces mucho.

— Mi tiempo, entonces — dijo el joven con un suspiro —. Hazla mía por veinticuatro horas y toma un día de mi vida.

— ¿Tan poco?

— ¿Quieres más? Tres días, diez días... un año entero de mi vida — ofreció, con intención de apabullarlo.

— El término de la vida es un plazo severo; no admite prórrogas.

— No las necesito.

— ¿Qué hora tienes?

— Las nueve menos veinte.

— ¿Cuatro de junio?

El joven dijo que sí con la cabeza, preocupado por no salir de la figura que le daba impunidad.

—No estoy seguro —dijo el diablo con un extraño acento de honestidad— pero, en todo caso, no tienes con quién apelar. Te quedan siete minutos. Aprovechalos.

*La Musa y el garabato.* México: FCE / UG, 1992, pp. 189-190.


## VERA ESPERANZA

DE ANDRÉS DE VERA ESPERANZA, el pintor loco o endemoniado que por más de diez años persiguió el piadoso Uraqueo, azote de los herejes entre Cuitzeo y Zirahuén, no queda más que la vaga especie de que recibió del demonio la facultad de confundir a los fieles.

Se detenía en templos modestos y, a cambio del sustento y algunas monedas pintaba, sin descanso, por cuatro o cinco días con sus noches, lo que entonces parecía una multitud volandera de ángeles que sostenían o veneraban a los santos patronos del lugar.

Sólo tres o cuatro días después de que el pintor abandonaba la villa, descubrían los parroquianos que en los frescos figuraba una caterva de demonios que escarnecían a los bienaventurados con las más obscenas representaciones. Que la obra se debía a Vera Esperanza se probaba por la imposibilidad de rasparla y aun de cubrirla con nuevas capas de cal. Las ceremonias de expiación ni los exorcismos fueron jamás suficientes para destruir los murales. No había otro remedio que derrumbar las paredes y enterrar los bloques de cantera, los adobes cuajados de sol.

Puede ser, sin embargo, que por lo menos uno de los murales haya sobrevivido. Un día escuché que alguien



había visto, en algún lugar, cerca de un lago adormecido entre tulares, una pintura en que un demonio hembra, de cadera bisiesta, guiaba de la mano a Adán y Eva, a escondidas del ángel de la espada flamígera, para ayudarlos a escapar del Paraíso. Irreverente, me dijeron, Vera Esperanza pintó a nuestros primeros padres hermosos, felices y desnudos. También un tanto sobresaltados: probaban la libertad.

*Historias de santos.* México: Conaculta, 1995, p. 12.



## CHANEQUES

NO TE MUEVAS, no hagas ruido, si tienes suerte los verás pasar. Los chaneques son chaparritos, sombrero y güeros. Antes y ahora se aparecen en los montes y en las noches bajan a los pueblos. Dicen que son la pura maldad, demonios pequeños. Pueden aparecer y desaparecer donde quieran. Viven en lo más profundo del bosque y salen cuando oscurece, porque no les gusta la luz. No comen. Viven haciendo maldades a las personas; no paran hasta que las vuelven locas. Algunos los han visto. Por eso se sabe que son pequeños y gordos y tienen los pies al revés. Si alguien va tras ellos tiene que seguir su rastro al revés. Les gusta perder a la gente; le hablan y la van llevando más y más lejos, hasta que no sabe regresar. También dicen que son sombras de niños. Juegan con los sapos y han existido todo el tiempo. No me mires así, yo soy tu amigo. Ven, vamos allá donde aquel oyamel. No te asustes, sígueme, cuidado con mi sombrero... no me veas los pies...

*La Jornada semanal*. Núm. 773 (27 de diciembre de 2009), p. 14.

## UN DEMONIO

A ELIZABETH TERCERA las historias de diablos y demonios le producían un largo escalofrío que se le quedaba en el vientre. Y el Marinero Ilustrado lo sabía.

—Una vez —dicen que dijo una vez el Marinero, mientras buscaba con la mirada la garganta de la muchacha— un demonio fue con un hombre santo y le pidió que lo redimiera.

La joven puso en el piso el cesto y se sentó a una mesa.

—Como es sabido —dijo la voz, por encima de vasos y botellas—, para redimir a alguien hace falta que un hombre sin tacha entrelace su vida con la vida de esa persona; mente con mente y alma con alma. El santo, compadecido, comenzó a acercarse al demonio, lenta y cautelosamente, porque era caritativo, pero también precavido y tenía miedo. Tres días y tres noches usó el ermitaño para llegar al diablo. Entonces, el demonio comenzó a tentarlo.

—¿Tomó un cuerpo de mujer? —preguntó Elizabeth.

—¿Le ofreció dinero? —preguntó Joaquín Armenta.



—A ese hombre —dijo el Marinero— no le interesaban las mujeres ni el dinero. El demonio comenzó a alabarlo, a decirle que no había en el mundo nadie más santo que él. Pero el ermitaño era en verdad un hombre puro y en cuanto comenzó a gozar las palabras del diablo tomó su bastón y lo hizo correr.

—Bueno y resplandeciente es el mundo —dijo otro día el Marinero, mientras tomaba un sorbito de ron, que decía aquel santo—, mientras no sujete nuestro corazón.

*La primera enseñanza.* México: Aldus, 2002, pp. 56-57.

## CUENTAN QUE EL DEMONIO

**TODOS AQUÍ EN EL BARRIO** sabemos que el demonio toma a veces la forma de un gallo. Y cuando esto sucede, le digo, no hay animal que pueda hacerle frente. Un perro grande y bravo, como el Palomo, que es una fiera, salió una vez gañendo, con la cola entre las patas, nada más que lo vio. Puede ser que uno mire un gallo paseándose de un lado a otro con la cabeza levantada, como hacen los gallos, y puede ser que uno crea que ese gallo es el diablo.

En tal caso, le digo, lo que uno tiene que hacer es esconderse, ponerse en algún sitio donde el animal no lo vea, y dejarlo solo allí en la azotea, o en el patio, o en el corral, donde el animal se encuentre, para que tome confianza. Entonces, le digo, poco a poco le van brotando sus cachos de diablo y sus dientes de diablo y sus barbas de diablo y sus orejas de diablo y sus ojos de diablo. Y no es raro que se ponga un sombrerito para verse guapo, porque el diablo es vanidoso... casi tanto como un gallo.

*Tepalcates. México: Ediciones del Ermitaño, 1996, p. 33.*

## SAN GODARDO

CUÉNTASE DE SAN GODARDO que un día quiso subir a la añadía de Klipstein para venerar la milagrosa imagen de la Virgen Vidantina. Era de mañana y el sol iba ganando altura y el piadoso varón, un tanto sobrado de carnes, sudaba más a medida que más subía, parejo al sol, por el angosto sendero que remontaba el acantilado. No lo desanimaban el peso del cuerpo ni el calor en aumento ni lo estrecho del cañón ni lo empinado de la cuesta ni la obsesión, sentida en cuanto se había puesto en marcha, de echarse por la cabeza un gran balde de agua. Y es que un diablejo desocupado había decido impedir que el monje llegara a los pies de la Virgen. Ni tardo ni perezoso, le puso en el cuerpo la gana de meterse al agua o, cuando menos, de sentirla resbalar por la nuca y las espaldas. No sólo le avivaba la memoria la frescura de un chapuzón, sino que le llevaba a los oídos el chapaleo de las olas, muchos codos abajo, al pie de la gran pared de piedra.

Godardo tuvo el mal deseo de olvidar a la Virgen; dar media vuelta y bajar a la playa. No pudo hacerlo.

La divina Señora no permitió que los muros roquizos le dejaran el espacio necesario. Siguió pues, camino arriba, encajonado en la montaña, desesperado por el deseo del agua, por los vanos esfuerzos de dar marcha atrás, por el anhelo de completar el camino, porque en el fondo de su corazón no había desaparecido la piedad.

Nuestra Señora de Klipstein tuvo entonces compasión del monje y lo hizo sudar tan copiosamente que Godardo se sintió confortado y fresco como si, en verdad, hubiese metido la cabeza en un gran balde agua.

¿Cómo describir la rabieta del demonio? Hizo crujir los dientes y torció los ojos y pataleó con tanta fuerza que clavó media pierna en el piso. “Sanguíneo habría de ser”, se dijo, recordando la fama de los gordos, y remontándose en el aire fue a caer frente al monje, convertido en apetecible mujer. ¡Qué sorpresa para Godardo! ¿Quién podría decir lo que eran los cabellos de noche nueva, los ojos refulgentes, las mejillas encendidas, la boca de granate, el alto cuello de garza, los brazos desnudos?

El monje bajó los ojos y dio un paso atrás. ¡Mala fortuna para el diablejo! Seguro de su triunfo, insistió en avanzar y mostró la punta de una pezuña: esa pezuña que los demonios, en sus prisas

por perder a los mortales, se olvidan siempre de metamorfosear.

El futuro santo, estremecido de horror, cerró los ojos y marchó hacia el frente. No se detuvo hasta llegar al altar de la Virgen. Como su cuerpo enorme no dejaba lugar en el pasadizo de piedra, el diablo tuvo que correr, sin tiempo para saltar, sin tiempo para convertirse en nada, sin más remedio que humillarse a los pies de Nuestra Señora, la Virgen Vidantina.

Patrono de quienes parecen aspirar a una forma específica, san Godardo suele ser representado con una sonrisa que desborda por sus carnes desbordantes. Objetivos, más que irreverentes, algunos santorales lo recuerdan llanamente como san Godardo el Gordo.

*Historias de santos.* México: Conaculta, 1995, pp. 31-32.





HECHICERAS

## TRES

SON BLANCAS, ESBELTAS, FLEXIBLES. Apenas sombras, susurros, apagados acordes. Cabelleras de cobre, altos cuellos de garza, ojos de un azul concentrado, secreto, imposible. Las mejillas se les traslucen y dejan ver la red de las venas que sigue, cubre y dibuja el volumen de las calaveras; los pómulos salientes, las mandíbulas ávidas, las órbitas redondas como la Luna en plenitud. Siete pisos tiene su torre de viento, acero y cristal. He visto a dos, silenciosas, invisibles, repentinas. He escuchado su voz. Viajan sobre ráfagas inesperadas, acompañadas siempre una por la otra; de pronto están allí, frente a mí, casi a mi alcance, cubiertas con gasas que se abren en escotes esquivos. Son dos las que conozco. Pero estoy seguro de que hay otra más, una tercera; cada día aguardo, deseo y temo su segura aparición.

*Conjuros.* México: Jus / UG, 2011, p. 116.

## LA FUENTE

DICEN QUE EN VIESCA había una muchacha que tenía una madrastra cruel. Un día en que la joven lloraba ante la tumba de su madre, vio que ahí al lado había crecido un árbol que tenía frutos. Comió de uno y se sintió bien. Desde entonces, cada vez que estaba triste iba a buscarlos. Su madrastra se dio cuenta y convenció al padre de la niña de que mandara cortar el árbol. Cuando lo descubrió, la muchacha lloró por tres días y sus lágrimas hicieron crecer unas florecillas color de lágrimas que, puestas en sus cabellos, la hacían sentir feliz. La madrastra mandó arrancar las flores. La pobre huérfana se dejó caer sobre la lápida y volvió a llorar. Un borboteo le hizo alzar la cabeza: de la tumba manaba una fuente clara. La niña se lavó el rostro y se alzó resplandeciente. La madrastra, que estaba espíandola, se abalanzó en seguida, se enjuagó la cara con aquella linfa y luego bramó horrorizada. No hizo falta un espejo. Tal como era ahora se veía.

*La Jornada semanal*. Núm. 596 (6 de agosto de 2006), p. 14; núm. 753 (9 de agosto de 2009), p. 14.



## EL SÉPTIMO HIJO

DICEN POR ACÁ, en los pueblos de este rumbo, que si en una familia nacen siete hijas seguidas, la séptima es bruja. Y se comprueba porque en la noche, aunque no haya luna, aunque todas las luminarias se apaguen, aunque no haya ni un rayito de luz, de su cuerpo brota un resplandor. Y esa cría hablará y caminará antes de tiempo, y aprenderá las oraciones al revés. Dicen también que por estas tierras, si en un hogar nacen seguidos siete hijos varones, el séptimo es un semejante: un hombre que puede convertirse en un animal feroz, entre perro y cerdo. Y se sabe porque sus grandes orejas le tapan la cara. Todos los viernes, dicen, a las doce de la noche, salen los semejantes por las calles, ávidos, en busca de excrementos y de criaturas que no hayan sido bautizadas. Los demás días, cuando tiene figura de hombre, el semejante es alto, flaco, fuerte, con los ojos verdes. Se sabe también porque los sábados está enfermo y tiene que guardar cama.

*La Jornada semanal.* Núm. 633 (22 de abril de 2007), p. 14.

## LA MUJER DEL MANTO

IBAN PUES, LE DIGO, porque sucedió muchas veces, midiéndole con la vista la cintura, tras la mujer del manto y, llegados a la Alameda, allí donde parece que se acaba el pueblo, donde comienza a oírse el rumor ese que dicen que es de la cañada, luego se atrevían a darle alcance y la llamaban o apoyaban una mano en su hombro. Apenas ella se volvía, algunos al momento morían y otros quedaban largo tiempo sin conciencia y otros menos alcanzaban a salir corriendo, tropezándose, huyendo a gatas, y gañían como perros apaleados. Y a lo que parece hubo sólo uno, según se cuenta por estos rumbos, y parece que no era de por aquí de Tierra Caliente, sino que venía de fuera, como tantos, por eso de las fiestas, que tuvo ánimo de hablarle y aun parece que, pero yo no estaba allí para verlo, le rodeó el talle con el brazo y le clavó la mirada en las cuencas vacías y quiso besarle la boca descarnada... pero lo que pasó con aquel hombre es otra historia.

*La Jornada semanal*. Núm. 549 (11 de septiembre de 2005), p. 14.

## DICEN

DICEN QUE LO MIRA a uno con negros ojos de deseo. Que es morena, de labios gruesos, color de sangre. Que lleva el cabello suelto hasta la cintura.

Dicen que uno tropieza con ella de noche, en los andenes del Metro, en alguna estación casi vacía. Que al pasar se vuelve apenas para mirar de soslayo. Que deja en el aire un perfume de primulas. Que viste blusas de colores vivos y pantalones ajustados; que calza zapatos de tacón alto.

Dicen que camina echando al frente los muslos, con la cabeza erguida. Que quiebra la cintura como si fuera bailando.

Dicen que uno debería estar prevenido, porque no hace ruido al caminar. Que, sin embargo, lo habitual es sucumbir. Seguirla a la calle. Subir tras ellas las escaleras.

Dicen que afuera camina más despacio. Que se detiene en algún rincón oscuro. Que no hace falta cruzar palabra. Que no pregunta nada; que no explica nada.

Dicen que la metamorfosis es dolorosa e instantánea.

Que por eso en algunas estaciones del Metro hay  
tantos y tantos perros vagando, con la mirada triste,  
todavía no acostumbrados a su nueva condición.

*La Musa y el garabato.* México: FCE / UG, 1992, pp. 56-57.



## EL TAJO

**POR LA ORILLA** de la colonia pasa el tajo. Casi siempre está seco. Luego viene la temporada del riego y sueltan el agua. Se escurre todo el tiempo, con un ruido que no termina nunca, como el del bulevar. De noche, cuando los otros ruidos acaban, mientras me quedo dormido alcanzo a sentirlo. Luego me acuerdo de lo que me dijo Toncho que le contó su abuelo. Dice que allí por donde pasa el tajo corría antes un brazo del río y que había sauces en las orillas y la gente iba allí a pasear. Hasta que sucedió aquello de las dos amigas. Dos muchachas lindas, yo las vi en una foto en casa de Tere, que la tiene escondida pero me la enseñó. Las vieron saltar al tajo, abrazadas. Nunca las encontraron. Dicen que a veces salen, escurriendo agua. Lo invitan a uno a seguirlas, a nadar con ellas. Siempre juntas, como siempre andaban; para nada se apartaban. Hasta que dijeron que a una la iban a mandar a estudiar fuera. Son ellas; se sabe por la forma en que cantan, como canta el agua. Yo me pregunto, despierto en la noche, si esto que escucho será su canción.


*La Jornada semanal.* Núm. 540 (10 de julio de 2005), p. 14.



OTROS SERES

## CARICIAS

—GANAS DE MORDERTE —le dijo al oído y ella bajó la mirada, sonrió, quiso hablar de otra cosa, tan cerca de él que más que verlo, lo sintió: su calor, la mezcla de olores que desprendían el cuerpo, el casimir, la loción de maderas; el brazo que le pasaba por la espalda. Intentó echarse hacia atrás para mirarle a los ojos, pero él se los cerró a besos y luego le rozó los labios y ella sintió que se ahogaba y que un fluido tibio la envolvía, que la piel comenzaba a arder, la sangre iba a brotarle por los poros mientras él le besaba las mejillas, las orejas, el mentón, la nariz, y ella gemía o ronroneaba bajito, se atragantaba, se humedecía, y él insistía con la barbilla alzándole la cara, besándole los párpados, los labios empurpurados, la nuca, los hombros, murmurando de nuevo “ganas de morderte”, murmurando de nuevo “ganas de morderte”, o tal vez sólo pensándolo, pero buscando la forma de ganarle el mentón con la nariz, de empujar hacia arriba mientras ella dejaba caer la cabeza como arrastrada por el peso de la cabellera, entreabría los dientes, asomaba la lengua, emitía un estertor de gozo, exponía el cuello firme y palpitante y él descendía suave-



mente, abría la boca clavaba los largos colmillos,  
sentía escurrir la sangre, ausente del espejo, tem-  
bloroso de amor.

*La Musa y el garabato.* México: FCE / UG, 1992, p. 28.



## NO TENGAS MIEDO

—NO TENGAS MIEDO, Santiago, mira, no hay nada.

Voy al clóset, lo abro, aparto la ropa para que vea. Me siento a su lado, lo abrazo fuerte, fuerte; lo siento temblar.

—Voy a dejar prendida la lámpara.

Intento levantarme y el niño gime, se aferra a mis brazos.

—Déjame asomarme —miro debajo de la cama, acomodo sus pantuflas, saco la pelota. Un resplandor ilumina el cuarto y vuelvo a ceñir su sobresalto, siento sus lágrimas en el cuello mientras retumba el trueno. En silencio escuchamos el aguacero, estrujándonos. Lo arrullo susurrando, aliso sus cabellos, lo recuesto sin soltarlo.

—No hay nada, hijo, no hay nada —repito a su oído hasta que se duerme.

Me recuesto a su lado, veo la habitación apenas iluminada; la lámpara es una casita de cuento, translúcida, con unos conejitos en la puerta. Hundo la cabeza en su pecho, escucho los ruidos de la noche, me aprieto a su cuerpo. Sin atreverme a abrir los ojos comienzo a temblar, abrumada por el pavor.

*La Jornada semanal.* Núm. 599 (27 de agosto de 2006), p. 14.

## PELIGROS DEL MONTE

HERMOSOS SON ESTOS CERROS de chaparral y piedras desnudas. De plata parecen cuando les da la luna. Y en el día reverberan; hacen temblar la luz del horizonte. Pero no es bueno tomarles confianza. Más vale cuidarse, porque en ellos, se dice, vive Capora: un hombre cubierto de vello, enorme, de brazos largos y gran cabeza. Vive a descubierto, en el monte, en cualquiera de las muchas cuevas que se ven. Se alimenta de los animales que el hombre hiere y luego van a morir por ahí, donde no los encuentra. Pero igual ataca a los pastores, a los que andan de caza, a los que buscan placeres de oro, a los que cruzan solos el cerro. Y luego está el aoao. Parece una borrega, sólo que más grande. Y con la codicia de atraparla, allí van tras el animal, de un lado a otro, hasta que creen que lo acorralaron. Entonces prueban su fuerza, sus terribles garras, sus colmillos implacables, porque el aoao devora a las personas que lo encuentran en el monte.

*La Jornada semanal.* Núm. 629 (25 de marzo de 2007), p. 14.

## DEL OTRO LADO

CLARITO, DEL OTRO LADO del muro alguien roncaba. ¿Un jadeo? ¿Una respiración? ¿Un estertor? Bajo la lluvia fue una sospecha. Ahora no había duda. Recostado en la cama, Joaquín Armenta suspendió el solitario que jugaba en la *laptop*, bajó el volumen del televisor, vio el reloj, volvió a desplegar la hoja de cálculo, intentó concentrarse en los números. Un calosfrío le bajó por la nuca. Algo, alguien se movía allá, del otro lado, y con enorme trabajo respiraba. Tomó el teléfono para llamar a la recepción y volvió a dejarlo. ¿Qué iba a decir? Aquella pared daba al vacío, diez pisos sobre la calle. Pero era evidente que había algo, alguien del otro lado y que iba desplazándose, lenta, suave, tenazmente hacia la ventana encortinada. ¿Un animal? ¿En ese muro de concreto, sin salientes? Un quejido lo puso en pie de un salto. Corrió hacia la puerta mientras escuchaba, apenas un susurro, un lamento, una voz ¿imaginada?: No mires lo que no debes ver.

*La Jornada semanal*. Núm. 657 (7 de octubre de 2007), p. 14.

## EN TREN

ME ACOMODÉ EN LA PARTE baja de la litera, apagué la luz, aflojé el cuerpo, cerré los ojos. Me dejé llevar por el bamboleo y por el redoble. Hice lo posible por quedarme en blanco; por olvidar aquel pueblo; dejar atrás todo lo que había sucedido.

—Quiero entregarme a ti —creí escuchar muy cerca, a mi lado, a mi oído, y abrí los ojos. Un filo de luz que entraba por debajo de la puerta ponía brillos y sombras en la pequeñísima habitación, pero el pasillo estaba en silencio. La noche había cerrado ya tiempo atrás.

—Enteramente; sin condiciones —llegó el murmullo como si viniera de la almohada, de algún pliegue olvidado en el recuerdo, de la penumbra que me abrazaba.

Alcé la cortina y vi la silueta de la cordillera. Debía haber luna. A veces asomaban en las montañas las luces de algún caserío, arrimadas unas a otras como si tuvieran miedo de estar solas. Antes de quedar dormido volví a escuchar el mismo soplo:

—Quiero entregarme a ti, como a la muerte.

*La Jornada semanal.* Núm. 689 (18 de mayo de 2008), p. 14.

## UN CUADRO

CUANDO VOLVÍ A LA HABITACIÓN me sentí muy complacido con la forma en que el grabado se veía en la pared del fondo —pero me daba pena quedarme viendo, porque allí estaba mi madre, con sus ojos severos. De alguna manera, era como si la escena llenara todo el salón. Dos mujeres desnudas me miraban de frente; una estaba de pie dentro de la fuente; la otra sentada en el brocal, inclinada a un lado para salpicar a su compañera. Orgulloso me sentí de haberlo traído del tiradero, pero luego, por detrás del marco, el agua empezó a escurrir. Dijeron que era la lluvia que trascendía el tejado, pero no llovía. Más bien era la luz que bajaba por el muro, pensé. El cuarto estaba en silencio, pero en mi cabeza resonaban las voces de las dos muchachas, que gritaban porque el agua estaba fría. Quité el grabado, para dar gusto a mi madre, y el agua dejó de escurrir. El muro estaba seco. Pero el agua que había en el piso tuve que recogerla con un trapeador.

*La Jornada semanal.* Núm. 829 (23 de enero de 2011), p. 14.

## EL GENTIL

**POR ESTOS RUMBOS** se habla del Gentil. Dicen que es un animal que parece hombre, pero que está cubierto de escamas; que tiene aletas y membranas en las manos, como de pato. Que vive en los esteros y se lleva a las muchachas; que las hace sus mujeres, para que lo atiendan. Que en una noche puede hacer felices a tres o cuatro y que una vez que lo ha probado, ninguna lo deja. Dicen que así como vamos, cinco o seis entre primas y amigas, al caer la tarde, cuando la arena todavía está caliente y el Sol se va metiendo, no hay que acercarse al estero. Pero nos reímos, hacemos como que no lo sabemos o como que no nos hemos dado cuenta. De pronto oímos un ruido; alguien ha salido del agua. Las garzas vuelan, Lynda grita, con su voz aguda: *Ya lo vi, ahí está, por los mangles*; los perros del rancho ladrarán y gruñen: todas salen corriendo, riéndose aún. Yo estoy sudando. Me descubro los pechos y la brisa los acaricia. Quiero ver si es cierto eso del Gentil.

*La Jornada semanal.* Núm. 845 (15 de mayo de 2011), p. 14.

## OTRO GRUÑIDO

OTRO GRUÑIDO, tan leve como el anterior, apenas perceptible, como un suspiro contenido, me hizo regresar a la habitación, cuidadoso de no hacer ruido. Todo se veía en calma. Por la ventana, el lago gris bordeado de tulares y el cielo de lluvia probable. La camelina del patio, encendida y brillante como una herida. Dentro, la prodigiosa, desordenada, azarosa profusión de objetos y aquel olor de madera vieja que era imposible desterrar. A un lado de la columna ese hueco en medio de los exvotos y los mutilados torsos de barro y las tallas coloniales y los muebles quietos y los candelabros y las cortinas antiguamente bordadas... Ese hueco que el candil dejaba en sombras, lo comprendí en ese momento, cuando volví a verlo, esperaba a alguien. Y entonces escuché por tercera vez el levísimo gañir y vi cómo en la comba de la enorme vasija comenzaban a advertirse las señas de un rostro que quería desprenderse de su prisión.

*Tepalcates.* México: Ediciones del Ermitaño, 1996, p. 33.

## ¿QUIÉN ANDA AHÍ?

—¿OÍSTE? —preguntó la mujer, sin encender la lámpara, súbitamente sentada en la cama, con su voz más delgada.

—No me destapes —protestó el hombre adormilado, sin abrir los ojos.

—Aquí afuera... en el pasillo... —dijo la mujer, cubriéndose la gargantilla de oro con las manos.

Las cortinas filtraban una luz sin peso, suficiente para insinuar espacios, los volúmenes de los muebles, los cuadros. Un San Miguel de madera estofada montaba guardia junto al balcón.

—¿Los oyes? —imploró la mujer.

—No hay nadie —dijo el hombre apoyando la espalda en las almohadas, alisándose la cabellera—. Los mastines lo habrían atacado.

—Y ¿si los durmieron? ¿Si los mataron? ¿Si andan por el bosque?

La mujer salió de la cama. Avanzó de puntillas hasta el balcón y se asomó con cuidado, bajo la espada del arcángel, al jardín tranquilo, al bosque que más allá se extendía en todas direcciones.

—Siempre andan por aquí —dijo el hombre, dejándose escurrir bajo las sábanas.



La mujer se sentó en la orilla de la cama, aguzando los oídos.

—De noche son unas fieras, no se reconocen. ¿Te acuerdas del perro aquél? ¿De los tejones? — comenzó a reír, confiado.

La mujer pidió silencio con los dedos en los labios.

—¿Cerraste la reja? —preguntó.

El hombre quiso recordarlo pero ya no hubo tiempo. La puerta se abrió de golpe con un crujido ahogado por el triple gruñido, por el primer alarido de la mujer.

*La Musa y el garabato.* México: FCE / UG, 1992, pp. 88-89.



## ONCE VECES ONCE

ONCE VECES ONCE veces once deben repetirse los pasos y las palabras, los gestos y las miradas, todo en secreto, en noche sin viento y sin luna, para que no se aparte del nahual su pensamiento siquiera. Once veces once veces once para que sea suyo, de allí hasta el último de sus días, el poder de hacerse tigre o lagarto o serpiente o gavián.

*Tepalcates.* México: Ediciones del Ermitaño, 1996, p. 43.



## BUENAS NOCHES

MAMÁ ME SACUDE EL COPETE, me besa los ojos, me arropa, me frota hasta que la cama hierve con el calor de sus manos. Mamá se sienta a mi lado, se enreda mis cabellos en los dedos, canta bajito sin abrir la boca.

—No te vayas —le digo con los labios apretados, por dentro, sin palabras.

Mamá se levanta poquito a poco. No hace ruido. Revisa la ventana. Cierra bien las cortinas. Acomoda encima de la cajonera las cosas de la escuela. Recoge la ropa. Se detiene en la puerta. Antes de salir apaga la luz. Yo aprieto los ojos, contengo el aliento, me esfuerzo para no dormir.

Porque entonces, de muy adentro, de algún lugar remoto que me pertenece, sin que yo pueda impedirlo, sin que pueda defenderme, sin que pueda ahuyentarlos, como todas las noches, presurosos, oscuros, jadeantes, tenaces, inalcanzables, implacables, con los colmillos al aire, vendrán los lobos en tropel.

*La Musa y el garabato.* México: FCE / UG, 1992, p. 143.

## DOS MOMIAS

RITA QUERIDA:

Espero que te encuentres muy bien. No sé en qué estés ocupada, pero me pareció que esto que te voy a decir no podía dejar de contártelo. Que Dios te bendiga. Tú sabes que te tengo siempre presente en mis oraciones. Hace ya varios días que quería escribirte. No me atrevía a hacerlo, pero finalmente me decidí, porque no puedo guardar por más tiempo este secreto. Tengo que decirte lo que vi aquel sábado, cuando terminaron las vacaciones y me regresé. Camino a la terminal bajé a la cripta de tu parroquia porque allí reposan los restos de mi madre y quería despedirme. Oí que había alguien en la sala del fondo y me asomé por si era gente conocida. Vi a dos mujeres, no sé quiénes eran, vestidas de negro, con unos cirios en las manos, arreglando unas flores a los pies de dos momias que estaban en sus cajas, recargadas en la pared. Una de ellas era un niño, no lo reconocí. La otra eras tú. Tu amiga que mucho te quiere y te extraña, Ana.

*La jornada semanal*. Núm. 837 (20 de marzo de 2011), p. 14.

## MÁSCARAS

EL LAGO ES GRIS o dorado y el pueblito casas blancas, tejas, macetas y árboles, pájaros enjaulados. Tenemos talleres de baile y de pintura y de hacer macetas y de máscaras: de princesa, bruja, perro, diablo, elefante... de todo. Las llevamos puestas siempre, porque es divertido ver a los otros niños con cara de ratón o de Hombre Araña.

No sé quien lleva la máscara de tecolote, ni la de mono, ni la de perro. Estoy pegando pedacitos de papel en un globo, para hacer una máscara de sol, y los tres se me acercan. “Si ves a un niño que trae unas máscara negra, y que nunca se la quita —oigo que me dicen, pero no sé quien habla— ten cuidado. No le pongas atención ni le hables ni hagas lo que hace; sobre todo, no lo vayas a seguir, porque te lleva al lago y te ahoga”.

*Conjurios. México: Jus / UG, 2011, pp. 82-83.*



## COROLARIO



## UN HOMBRE ASUSTADO

**¡BRATATATATA!**

Dos ametralladoras humeantes ocupan el cuadro; la firma dice “Roy Lichtenstein”. Del techo pende una cadena que sujeta una gran manzana de brillante metal. Un farol de patrulla gira incansablemente entre las aspas de una hélice y va pintando de rojo el muro de un lado, el techo, la pared opuesta, el piso, los gestos de burla, concentración, incredulidad, desprecio, confusión.

Firmado por Armán, un cajón de madera y cristal alberga sesentaitrés monturas de anteojos superpuestas en distintos niveles. En una escultura de Martial Raysse, una sucesión de foquitos de colores va encendiéndose y apagándose, de modo que un destello luminoso asciende hasta llegar a un corazón de plástico para atravesarlo convertido en una flecha de neón. Un grupo de personas permanece en el centro del salón, absorto alrededor de un taburete de piel y madera. Una enorme escultura metálica, con tantos colores como una mancha de aceite sobre el agua, se extiende sobre una base de madera, crece como un árbol, invade el espacio como una larga palabra pronunciada lentamente,

se levanta hasta casi rozar el *mobile* de Calder que se balancea suspendido sobre la escalera.

Del fondo de aquella sala poblada de sorpresas, donde el Museo Stedelijk, de Amsterdam, ofrecía un poco del más notable arte de vanguardia norteamericano, surgió el hombre asustado.

Su apariencia era por cierto retrograda y contrastaba su opacidad con los brillos y reflejos de las obras de arte. Parecía una grotesca escultura mecánica, obra de algún disidente, demasiado realista, demasiado movable, demasiado descolorida, colocada con algún siniestro propósito de movimiento de masas a los más profundos niveles, entre aquellos trabajos inocentes aunque a veces licenciosos, rígidos y palpitantes como las pulsaciones de una rana.

Sus largos brazos se agitaban como las aspas de un molino en los viejos, buenos tiempos en que los holandeses estuvieron a punto de ser señores de Europa y los molinos ejecutaban honradamente sus labores y no eran sólo un poco de escenografía a la orilla de los canales y los diques y las vacas de mansos ojos. Sus piernas parecían ser ajenas a su voluntad, marchaban autónomas de un lado a otro: parecía un torbellino agotado.

No era una escultura en movimiento, ni un molino, ni mucho menos un torbellino. Según lo ma-



nifestaban sus ojos, tras el cerco de los ligerísimos anteojos, en las cuencas que impedían su huida, era sólo un hombre asustado.

A decir verdad, una vez que uno se acostumbraba a la periferia de sus desordenados movimientos y penetraba más allá, hacia los ojos atrapados en los cristales como en una vitrina, podía descubrir que se trataba de un holandés como muchos otros, de gran calva enrojecida, manos enormes, nariz prominente, el aspecto solemne y suficiente de un cura de colonia rica. Pero con todo y el traje bien cortado, los bien pulidos zapatos, el pañuelo en el bolsillo, la corbata de seda, los anillos de oro, la apariencia digna, el distintivo que lo identificaba como un guardia del museo y lo convertía por lo mismo en persona respetable, equilibrada, incluso temible, aquel hombre estaba muy asustado.

Hablaba con unos y otros visitantes, se recortaba de pronto con las humeantes ametralladoras y después le aparecía un feroz halo rojo rotativo tras la cabeza, agitaba a veces un diario bastante arrugado y después se esforzaba por introducirlo en uno de los bolsillos traseros de su pantalón.

Era el 21 de agosto de 1968. Por el espacio, en Holanda con un plafón permanente de nubes, corrían los rumores y las noticias: Checoslovaquia

acababa de ser invadida. Aquí y allá, a lo largo y ancho del Viejo Continente, los europeos comenzaban a agitar los brazos como si fueran aspas de molino, perdían el dominio de sus piernas, sus confiados ojos perdían el equilibrio y nada, nada les importaba sino lo que podría suceder con aquella crisis, como la llamaban los diarios y la radio y las gentes asustadas.

Aquello no era ya Vietnam, ni Biafra, ni las revueltas de los negros, ni la olimpiada de los tanques como habían bautizado los europeos a la de México. Aquello estaba próximo, podía percibirse, podía ubicarse. No eran las protestas de estudiantes bien comidos y mal vestidos; no eran los franceses inflando sus desavenencias intestinas para convertirse en una revolución de opereta. Eran largas filas de tanques, camiones cargados con soldados, siniestros e invisibles aviones delatados sólo por su estruendo.

El hombre estaba aterrorizado. Su corazón era como sentir frío. Sus manos se abrían y cerraban, se encontraban, mesaban sus cabellos, se apoyaban en la ventana, desplegaban una vez más el arrugado periódico. Hablaba en tres idiomas a un tiempo, mencionaba a los comunistas, los judíos, los norteamericanos, los nazis, sin que fuera posible entender lo que quería decir. En todo caso, lo que era impo-

sible pasar por alto era su miedo; sus recuerdos le habían instalado el terror en el cuerpo.

(Mayo de 1940. Noches iluminadas por las bombas, una tras otra, como relámpagos en la tierra. Ruinas, hambre, los nazis que llegaban a ocupar Holanda, donde había tantos muertos como vivos. Noches de quedarse quieto, en silencio, muy callado para que nadie sepa que estás ahí, porque nadie sabe lo que puede pasar y nada importa quién eres, qué has hecho, qué piensas. Noches de arrestos, de ejecuciones, de abusos, de camiones, de ferrocarriles que salen en la madrugada hacia los campos de concentración. Noches de ametralladoras vigías, en amenaza constante, de tanques que al pasar abren el pavimento con las orugas de acero y van marcando, una por una, todas las calles. Noches de muertos inesperados, de cadáveres que amanecen descubiertos, sobre las aceras, sin compañía).

El hombre asustado abrió las cerraduras de sus recuerdos, fue sembrado a la semilla del miedo, más con sus gestos, con sus temblores que con sus palabras. Se refugió sobre un taburete, al lado de la ventana, tal vez para montar guardia sobre el día lleno de sol, de espaldas al corredor que iba desde la sala de las sorpresas hasta las habitaciones donde se exhibe la más extraordinaria colección de cua-


dros de Van Gogh que existe en el mundo.

Es difícil encontrar un objeto más bello que un cuadro de Van Gogh. El luminoso, feraz, vibrante universo de los mejores cuadros de Van Gogh, con sus escenas de labores campestres, de flores, de puentes, de barcos, de utensilios cotidianos, de sembradíos ondulantes bajo ondulantes firmamentos, estaba allí, pendiente de los muros.

Pero toda la alegría que daba Van Gogh, todas las inquietudes que despertaba el *mobile* balanceante de Calder, los cubos de plástico, los labios delinados con tubos de neón, las escobas y las prendas de vestir incorporadas a los cuadros se apagaban con la presencia, sobre el taburete de piel y madera, del hombre asustado.

Afuera los quietísimos canales de Amsterdam reflejaban las verdes ramas de los árboles y el dibujo enladrillado de las casas holandesas. Los puentes saltaban sin prisas el agua y nada parecía haber cambiado en los peatones y las bicicletas que esperaban, en enjambres, el cambio de luz de los semáforos.

Pero el recuerdo del hombre asustado vestía de gris el día. Si se veía con atención a la gente se descubría que el miedo comenzaba a circular, a contagiarse. Quizás contribuían a difundirlo las blancas estelas de los cazas holandeses que marcaban el fir-



mamento como si fueran nubes extrañamente rec-  
tas y violentas. Dicen que así son, aunque con una  
velocidad indescriptible, las señales que dibujan en  
las noches de guerra las balas trazadoras.

Muchos días después, no he logrado olvidar al  
hombre con miedo. Más que los cuadros de Van  
Gogh, más que las obras de los artistas norteameri-  
canos, lo que recuerdo de aquel museo es el guardia  
en su taburete, lleno de miedo y dispuesto a conta-  
giarlo. Ante su terror todo el arte que el hombre ha  
creado carece de sentido, no tiene razón de ser. O  
¿será exactamente lo contrario?



*Viejo continente.* México: FCE / Crea, 1985, pp. 84-89.



## EPÍLOGO



n noches cerradas deambulan sin prisa en los umbrales de los más íntimos temores. De nada sirve huir. Están muertos. Nos conducen al más temible de los abismos:

*súbitamente comprendí lo que era la muerte. Falso. No comprendí nada, pues la muerte no es materia que pueda ofrecerse al entendimiento. No comprendí: sentí. Sentí lo que era, lo que es la muerte. Sentí cómo aquel adolorido, punzante pedazo vivo de mi cuerpo había sido arrancado y era ya irrecuperable. Había dejado de existir. No volverían a quitármelo, como las uñas o el cabello. Nada lo reemplazaría. En su lugar quedaba un hueco y quedaría allí para siempre. Aquel hueco era la muerte.<sup>1</sup>*

La anterior cita corresponde al cuento *La urna* de Felipe Garrido (Guadalajara, 1942), texto que se posesiona ante la dualidad inquebrantable muerte / vida que, en la presente antología **No tengas miedo. Relatos de fantas-**

---

1. Felipe Garrido. "La urna" en *La urna y otras historias de amor*. México: Aldus / Conaculta, 2006, p. 10. (*La Centena*).

mas, demonios, hechiceras, chaneques y otros seres, es el pórtico para la caricia del horror telúrico entretejido a la sombra de los tormentos de almas que deambulan sin destino, malicia de diablos y diablejos, brujas que conjuran perdiciones y entes que trastocan la alteración de la existencia cotidiana. Lo anterior se gesta en los cincuenta relatos que se incluyen y que giran en torno a la muerte, tema obsesivo en la obra de Garrido, como él mismo lo señaló en una entrevista:

—*Quizá sea porque gran parte de mis cuentos tocan ese tema, aunque en realidad no sé por qué hay cosas que nos llaman más la atención que otras. Creo que con el tiempo cada quien va adquiriendo sus propias obsesiones. La muerte tal vez sea una de las más porque a final de cuentas no hay manera de huir de su ruta y no solamente eso, sino que vivimos rodeados de ella, continuamente perdemos personas, lugares, objetos e inclusive parte de nosotros mismos y de nuestras facultades.*<sup>2</sup>

Escritor, maestro, editor, traductor, ensayista, Garrido se inició como reportero y articulista; viajero sin fronteras que describió, al través de variadas crónicas, su visión personal de Europa y Estados Unidos. Traductor de artículos y libros de medicina, antropología, historia, ciencias, literatura; recopilador minucioso de relatos antiguos de

---

2. Patricia Rosales. "El actual momento es más propicio para los autores de literatura que de otras disciplinas: Felipe Garrido" en *Excélsior* (28 de diciembre de 1984), p. 1.

asombrados conquistadores e infatigables misioneros del siglo XVI; atento estudioso de la literatura decimonónica y del siglo veinte; crítico de arte (especialmente de la obra de Saturnino Herrán); promotor incansable del fomento de la lectura; y editor de reconocida experiencia en revistas médicas, de arte y difusión de la cultura en la ciudad de México, Guadalajara y Torreón. Catedrático desde hace más de treinta años en el Centro de Enseñanza para Extranjeros de la Universidad Nacional Autónoma de México.<sup>3</sup> El 23 de septiembre de 2003 ingresó a la Academia Mexicana de la Lengua en donde es director adjunto y desde el 2007 pertenece al Sistema Nacional de Creadores.

Todo lo anterior, vida y obra, conjugado en:

*un hombre hecho de sueños, virtudes, duendes y un sinfín de pequeños animales diurnos y nocturnos que le acompañan junto a su puro pertinaz. Este recopilador de historias refocilatorias, endia-*

---

3. Además, ha sido gerente de producción en el Fondo de Cultura Económica; funcionario de la Universidad de Guadalajara; Director de Literatura en el Instituto Nacional de Bellas Artes, en la Unidad de Publicaciones Educativas de la Secretaría de Educación Pública, en la Dirección de Literatura de la Universidad Nacional Autónoma de México y en la Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Merecedor de los premios nacionales “Alfonso X” por la traducción de la novela de Lillian Helman *Quizás* y “Los abriles”, otorgado por la crítica especializada a su narrativa; del Premio bianual (1984) que otorga la Organización Internacional para el Fomento del Libro Infantil (IBBY) para los libros de mayor calidad artística y literaria en el mundo; y pertenece a la Lista de honor que otorga el mismo IBBY (2004). Véase *Felipe Garrido. Conocer el amor. Antología*; selecc. y pról. Alejandro García. Guadalajara: Secretaría de Cultura de Jalisco, 2003. (Hojas Literarias).



*bladillo y santurrón sujeto, hace de las suyas con la literatura siempre en buen provecho y nos tiende apresuradas o meditadas trampas, no importa cuáles, mientras disfruta y sonríe tras el humo del habano.<sup>4</sup>*

Autor de relatos donde lo extraordinario invade la frontera de la realidad en recónditas viviendas, en las oquedades del inframundo del Metro, en añejos claustros, en ríos de siniestras aguas, en habitaciones en penumbras, a la vera de esteros y manglares o en la soledad de oficinas invadidas por susurros. Ruidos de la noche. Apariciones atormentadas por la nostalgia de la vida, etéreos seres que nos arrastran al verdadero miedo: lo desconocido y probable:

*se trata de varios escritos que no tienen personajes ni temas comunes, sino que disparan hacia lo fantástico —‘La visita’, ‘Ahora que yo la cuido’, ‘Una junta’, ‘Flor de la memoria’, ‘Ver para creer’— con recursos muy originales, como cuando narra un retrato o cuando la envoltura de una añeja botella era un texto que escribió un fantasma sobre sus demás compañeros muertos. Estos cuentos nos muestran que Garrido quiere dar un giro nuevo a las historias de aparecidos pues sus fantasmas no irrumpen entre los personajes de una narración normal, sino los mismos protagonistas son los fantasmas que de pronto se empiezan a desrealizar.<sup>5</sup>*

4. Alejandro Exposito. “De santos, sueños y duendes...” en *El Universal* (29 de diciembre de 1996), p. 2.

5. Vicente Francisco Torres. “Fantasmas y sirenas” en *Revista mexicana de cultura* (12 de enero de 1986), p. 11. No se incluyeron en la presente antología “Una junta” ni “Flor de la memoria”, ya que corresponden a otras temáticas.

## EL HORROR, DESDE TIEMPOS ANCESTRALES

tiene nombre. En Grecia era *Deimon*. Lo acompañaba *Deimos*, el terror y, *Fobos*, el miedo. Siempre presentes en el hombre, enraizados en su alma:

*el miedo es una emoción, colectiva o individual, que trata de superar; mediante una especie de operación mágica, cuyo mecanismo vio Sartre profundamente, las causas que lo engendran aboliendo la situación material que lo produce. El terror comienza cuando el cuerpo humano se convierte en objeto —objeto mutilado, alcanzado por los efectos de una cruel metamorfosis.<sup>6</sup>*

Al devenir de las épocas y el desarrollo de las culturas, surgieron relatos y novelas que alteran las leyes naturales —en donde la presencia de dioses y entes religiosos como personajes literarios, entre ellos, el Diablo ocupa lugar preferente— para abordar los terrenos de lo extraño o maravilloso bajo tres recursos: apariencia de lo sobrenatural, sueños o alucinaciones y anomalías o monstruosidades que nos acercan a lo terrorífico como reflejo del aniquilamiento y las fuerzas del mal:

---

6. Françoise Duvignaud. *El cuerpo del horror*. México: FCE, 1987, p. 13.

*de ahí brota una fuente riquísima de cuentos fantásticos de terror; sobre todos lo que tienen a la Muerte y al Diablo como asunto. Abí también, están, por supuesto, los vampiros y los hombres-lobo y nuestros nabuales; y las brujas nuestras y las de todos los tiempos y todos los países.*<sup>7</sup>

#### DENTRO DE LAS CARACTERÍSTICAS DEL HORROR FANTÁSTICO

se encuentra una atmósfera siniestra, personajes estereotipados (parte de la animalización donde estarían el hombre-lobo y el vampiro), realismo riguroso, utilización de la posibilidad y el pospretérito, sinceridad y literalidad (veracidad del texto), las partes deformadas del cuerpo humano como fuente de horror, las perturbaciones de la personalidad y la deformación de la causalidad. Generalmente se narran en primera persona.<sup>8</sup>

Aunque del consciente colectivo surgen los cuentos terroríficos genuinos que no necesitan de diablos, monstruos ni espectros para llegar hacia lo más oscuro y desconocido y dar salida a las perversiones

---

7. *Cuentos fantásticos mexicanos*; pról. y selec. María Elvira Bermúdez. México: El Gallo Ilustrado, 1986; otra ed., Universidad Autónoma de Chapingo, 2005, p. 15.

8. Véase Ricardo Chávez Castañeda. "Sobre lo inexistente: el cuento de terror en México y Rafael Martínez Lloreda" en *Ni Cuento que los aguante (la ficción en México)*; ed., pról. y notas Alfredo Pavón. Tlaxcala: UAT, 1997, pp. 217-240. (Serie Destino Arbitrario).

más ocultas, lo que conduce irremediabilmente a lo que una vez señaló Virginia Woolf: “tenacidad del extraño anhelo humano del placer por sentir miedo”.

El tema fantástico se divide en “extraño” y “maravilloso”. Lo extraño alude a lo espantoso en el plano físico: es la estética de lo otro, la estética de la alteridad. Pone en escena dos mundos: el nuestro, al cual llamamos mundo real y un mundo alterno que, cuando transgrede esa frontera, produce lo inusual, lo extraño, lo borroso.<sup>9</sup>

Lo extraño cuestiona las nociones racionales de tiempo, espacio, causalidad e identidad y supone la escenificación del mal. Lovecraft sostenía que el secreto de todo cuento de miedo eficaz estribaba en “saber producir una *duda horrible* en el ánimo del lector”:

*el cuento de terror se define esencialmente por la construcción de una atmósfera que comunica intensamente las emociones sobrecogedoras de unas realidades que escapan a nuestra experiencia terrena. No es la sangre, no es la violencia, no es lo mórbido, la esencialidad. Lo que cuenta es la unidad narrativa lograda por la combinación exacta de un terror apropiado con una atmósfera cargada de emoción.*<sup>10</sup>

---

9. *Idem*, p. 222.

10. Jaime Ricardo Reyes Calderón. *Teoría y didáctica del género terror*. Bogotá: Magisterio, 2006, p. 8.

En palabras de Vicente Quirarte —uno de los pocos escritores mexicanos, junto con Bernardo Ruiz, que han abordado este tema en ejemplares trabajos—: “los monstruos son seres respetables, a cuyo dominio es necesario aproximarse con el corazón dispuesto, la inteligencia alerta y los amuletos bien pulidos”.<sup>11</sup> Magnas obras de la literatura universal han acudido a ese dominio: Shakespeare con brujas y entidades luminosas, Fausto con *Goethe* y un pacto con el diablo, Edgar Allan Poe quien conjuga magistralmente la poesía hecha terror y Juan Rulfo nos adentra en ese pueblo de murmullos que es Cómala donde los muertos hablan desde sus tumbas.

Sin embargo —y a pesar de tan nobles antecedentes— la literatura del horror ha quedado en segundo término: la menor de las veces valorada, el mayor tiempo relegada. Sus alcances se delimitaron al “público juvenil”, adolescente, que disfruta con fruición, con deleite, con emoción, sus páginas, pero que al crecer *debe* abandonar a los monstruos y sus derivados y, según los canones, leer “algo más serio”. Como si los miedos nos abandonaran al paso del tiempo.

---

11. Vicente Quirarte. *Del monstruo considerado como una de las bellas artes*. Paidós, 2006, p. 15.

acude a varios fundamentos: las leyendas de rai-gambre popular; la muerte —el más importante— con tres motivos: la personificación de la misma, las almas desprendidas del cuerpo y los muertos como cadáver viviente o fantasmas; el Diablo que presenta rasgos sobresalientes en nuestra narrativa; las brujas que difieren notablemente de la concepción europea para sincretizarse con la figura de la comadrona; así como otros seres que siembran su presencia bajo el estigma del acaso.

Las leyendas provienen de relatos orales transmitidos por el devenir de las generaciones; excelso ejemplo sería el de La Llorona, leyenda nacional con multiplicidad de relatos, cuentos, poemas, ensayos, canciones, películas, novelas, obras de teatro, pinturas, fotografías que evocan — con miedo, horror, tristeza, compasión — su destino de diosa o mujer que clama por el destino incierto de sus hijos a los que asesina por celos —lo cual por sí solo es un hecho de grandes alcances literarios, de análisis psicológico, de amarillismo puro o significados telúricos—, madre que es ajusticiada por la ley de los hombres, su alma vaga arrepentida, espantando por todo el país a trasnochadores o desafortunados caminantes con su figura

fantasmal, con su aterrador llorar.<sup>12</sup> Existe también José Justo Gómez de la Cortina con “La calle de don Juan Manuel” que se refiere a nuestro primer asesino serial dada a conocer en *Revista mexicana* (1835) y José Bernardo Couto con “La mulata de Córdoba” (1837) publicada originalmente en *El Mosaico mexicano*.

Filón de leyendas recopiladas posteriormente por Vicente Riva Palacio y Juan de Dios Peza en *Tradiciones y leyendas*; Luis González Obregón con *Las calles de México. Leyendas y sucesos Vida y costumbres de otros tiempos*; y don Artemio de Valle Arizpe en *Historias de vivos y muertos, Leyendas mexicanas coloniales y De don Juan Manuel a Pachita la alfajorera. Legendaria publicada en la ciudad de México*.

Vale la pena recordar que en la década de los setentas del siglo pasado, en melancólico color sepia se publicaba semanalmente la historieta *Tradiciones y leyendas de la colonia y El jinete de la muerte* y, sin lugar a dudas, en cada población o ciudad existe una voluminosa recopilación de las leyendas locales.

---

12. Véase Alejandro García. “Culpas de la pasión: antología literaria de *La Llorona*” en *Flores de nieve* ([www.floresdenieve.cjn.net](http://www.floresdenieve.cjn.net)). Universidad de Quebec / Centro de Enseñanza para Extranjeros. Año 6, Núm. 10 (invierno de 2003); y “Culpas de la pasión: *La Llorona* en la cultura mexicana” en *Humanidades*. Núm. 243 (22 de enero de 2003), p. 19 y núm. 244 (5 de febrero de 2003), pp. 21-22.

También la revista *Leyendas y crónicas de la ciudad* (1996 y 1999), así como *La Mandrágora* promovieron con decoro la publicación de varias leyendas.

**La Muerte** consigna los primeros y más profundos instintos del ser humano: los de conservación y de afirmación. No es gratuito que la primera novela que surgió en la historia de la literatura mexicana se dedique a la muerte: *La portentosa vida de la Muerte* de fray Joaquín Bolaños realizada en plena época novohispana, la cual inicio serpentina trayectoria en que ella, la Muerte, aparecerá como protagonista: desde “Macario” de B. Traven y sus intentos de burlar a la muerte, “La defunción de la Muerte” de Francisco Zárate Ruiz, “La muerte ahorcada” de Héctor Gally, “La inconformidad” de Gregorio López y Fuentes, “En la orla del misterio” de Genaro Fernández Mac Gregor y “Un extraño personaje” de Fernando Benítez, hasta evolucionar, en los albores del siglo XXI con la personificación de la Santa Muerte en que Elmer Mendoza y Heriberto Yépez nos dan apocalípticos ejemplos.

En el caso de las almas en pena se podría citar algunos textos como: “Un alma de otro mundo” (1875) de Juan A. Mateos; Manuel J. Othón, *Cuentos de espantos*; Vicente Riva Palacio con “Un viaje al Purgatorio”; José Ma. Roa Bárcenas, “Lanchitas” (1878) y José





María Barrios, “El buque negro”; y Amado Nervo con *Cuentos misteriosos*. Asimismo, estarían Guadalupe Dueñas, *Las ratas y otros cuentos* y “Tiene la noche un árbol”; José Alvarado, “Oficio de fantasmas”; Diego Cañedo, “El extraño caso de una litografía mexicana”; la teutónica narrativa de Amparo Dávila; María Elvira Bermúdez, “La búsqueda”; y un olvido injustificable: Raúl Navarrete con “El lugar del corazón” en *El sexto día de la creación*.<sup>13</sup>

El **Diablo** adquiere presencia en Manuel Payno con *El fistol del diablo*; “La horma de su zapato” de Vicente Riva Palacio; dentro del Modernismo sería necesario dar a conocer “Asfódelos” y “Una obsesión” de Bernardo Couto Castillo; Alfonso Reyes tiene

---

13. Para realizar este listado se consultó a R. Chávez Castañeda. “Sobre lo inexistente...”, *op. cit.*; M.E. Bermúdez, *Cuentos fantásticos mexicanos...*, *op. cit.* en donde se incluyó a Francisco Tario “Entre tus dedos helados”, Juan José Arreola “El converso”, Elena Garro “¿Qué hora es?”, Carlos Fuentes, “Tlactocatzine, del jardín de Flandés”, José Emilio Pacheco, “Tenga para que se entretenga”, Amparo Dávila, “Final de una lucha” y María Elvira Bermúdez “Así es morir”; y la excelente tesis de Carlos Esteban Vite Villamar, *Lo hermoso es horrible, lo horrible es hermoso literatura fantástica de horror en México* (UNAM, 2005). Recientemente se han hecho otras recopilaciones y antologías como *Licantropías*. México: ConVersaciones Editorial, 2006, la cual reúne nueve relatos sobre el hombre lobo; las publicadas en ese mismo años por la revista poética *alforja: Poemas de vampiros y fantasmas y Habitantes del sueño: brujas y duendes* compiladas por H. Pascal. También se ha promovido la convocatoria del certamen literario *Criaturas de la noche* realizado por el gobierno del estado de Nuevo León y el que promueve Puebla, denominado *Cuento fantástico*. A nivel internacional está el Premio *Goliardos de terror, ciencia-ficción y fantasía*.



“La cena” y su malicioso “Encuentro con el diablo”; y el Dr. Atl realizó la novela *El padre eterno, Satanás y Juanito García*. También están los relatos de Manuel Romero de Terreros; “Los errores de Satanás de José Manuel Puig Casauranc; “La barranca del muerto” en *Cuentos colimotes* de Gregorio Torres Quintero; “A caballo a los infiernos”, Esteban Maqueo, “Un pacto con el diablo” de Juan José Arreola; y “La búsqueda” de María Elvira Bermúdez, por enumerar, en desorden, varios textos.<sup>14</sup>

**Las brujas**, dentro de la literatura mexicana, se encuentran representadas por Raquel Banda Farfán con “Hechicería”, “Viaje al más allá” y “Noche de brujas”; así como una historieta publicada a final de la década de los setentas que rayó en el humor negro: *Hermelinda linda*; y, naturalmente, los relatos transmitidos por los pueblos indígenas:

—*¿Qué comes, abuelita? —le preguntó sin desatender su trabajo.*

—*Estoy comiendo semillitas —respondió la anciana con voz cascada y humilde.*

---

<sup>14</sup> El escritor que podría ser elegido como el abanderado de estos menesteres es José Emilio Pacheco con “Langerhaus”, “Tenga para que se entreteña” y “Cuando salí de La Habana, válgame Dios” que ubican “el terror en escenarios modernos, verosímiles, creíbles, con gente identificable, creando así una fascinante combinación entre lo familiar y la muy singular otredad”. R. Chávez Castañeda. “Sobre lo inexistente:...”, *op. cit.*, p. 221.

Cuando dejó de masticar el silencio adquirió un peso mayor. En cierto instante la anciana se incorporó con un ligero rumor de ropas, y entonó frente a la cuna un canto muy antiguo y muy extraño. El canto se fue haciendo cada vez más fino, como si proviniera ya de un ser del otro mundo. Recién entonces la mujer reaccionó, comprendiendo lo que sucedía, y se volvió hacia la falsa abuelita, pero no percibió más que una sombra que se escurría entre los barapos de la niebla.

Se arrojó desesperada sobre la cuna, más en lugar del niño encontró al metlatil envuelto en sus pañales. En el suelo, desparramados, quedaban algunos huesos.

La mujer pidió auxilio, se hundió en la bruma gritando que la bruja se había comido a su hijo, llorando tropezó contra las piedras, pero sus lamentos se perdían en esa soledad inmensa de la montaña.<sup>15</sup>

Estos cuatro fundamentos: las leyendas, la muerte, el Diablo y las brujas se hacen presentes en

LA NARRATIVA DE FELIPE GARRIDO,

la cual se integra, en fría estadística por 650 cuentos

---

15. Faustino Luna Monjaráz. "La abuelita. Cuento zapoteco" en *Relatos del mundo indígena: antología*. México: Diana, 1982, pp. 87-88.

publicados hasta la fecha.<sup>16</sup> En ellos es como si de improviso nos asomáramos por una ventana para curiosear en una escena familiar, como quien escucha en la mesa de al lado a un hombre que recuerda en voz un poco alta un instante pasado, un poema, una mujer o adentrarse en las tribulaciones laborales, en la incertidumbre de la razón.<sup>17</sup> Desde las primeras frases los cuentos de Garrido nos atrapan y toda la atención está a la espera de *algo* que nos

---

16. Garrido es autor de los libros de cuentos *Viejo continente* (Sepsetentas, 1973); *Con canto no aprendido* (FCE, 1978); y para 1983, bajó el sello editorial de Oasis, salió su plaqueta *La urna*. Hacia 1984 apareció *La urna y otra historia de amor* (Xalapa: Universidad Veracruzana); y un año después salió *Garabatos en el agua con cuentos*, originalmente publicados en el suplemento *Sábado* del diario *Unomásuno*, bajo una columna semanal titulada “la Musa y el garabato” (junio de 1984-septiembre de 1990), Garrido continuó con esta columna y, reeditando una parte de los cuentos de *Garabatos en el agua* (Grijalbo), junto con algunos de los que había publicado hasta 1992 realizó en ese mismo año *la Musa y el garabato* (FEC / Universidad de Guadalajara). En diciembre de 1995 publicó *Tepalcates*. Para 1996 editó *Historias de santos* (Conaculta). Para abril de ese mismo año y hasta marzo de 1997, Garrido publicó semanalmente en *Sábado* un relato bajo el encabezado general de *La primera enseñanza* en donde rescata a un personaje —el *Marinero Ilustrado*— de *la Musa y el garabato*, ahora como profeta, guía y maestro que pregona la búsqueda del Ser. En abril de 2000 se reeditó *La urna* que contenía los seis relatos de *La urna* y otros relatos de amor más el cuento “Soledad” publicado con anterioridad en la revista *Tierra adentro*. En febrero de 2002, bajo el sello editorial de Aldus se editó *La primera enseñanza* que tienen su origen en la columna semanal del mismo nombre que publicó en *Sábado*. A partir de abril de 2005 y hasta la fecha realiza la columna “Mentiras transparentes” en *La Jornada* semanal. En 2011 dio a conocer *Conjurios* (Jus). Véase Alejandro García De aire cincelada. *Semblanza bibliográfica*. Felipe Garrido. México: UNAM, 2004.

17. Véase Joaquín-Armando Chacón. “Felipe Garrido y los vientos del lenguaje” en Felipe Garrido. *Material de lectura*. México: UNAM, 1991. s.p.

va a ser revelado y entonces ese *algo* que creemos atrapar —casi en la punta de los dedos, casi como la imagen de un sueño que se evapora— está allá atrás, en el fondo de nuestros recuerdos, como algo imaginado o perdido, pero que ahora ha sido transfigurado de una manera sorprendente con la sutil magia de un verdadero relator de historias: “de personajes de carne y hueso, de sombra y olvido, que se enfrentan —atribulados, esperanzados, desconcertados— a la maravilla del mundo. Carcomidos por la certeza de la muerte y por la urgencia del deseo”.<sup>18</sup>

Universo literario en el cual he logrado distinguir  
20 ciclos temáticos:

*Atardeceres (que nos fuera dado envejecer en paz)*

*Crónicas de prodigios (Nuevas navegaciones y Diario de Antón Gil, el Xamurado)*

*Cuentos sobre la infancia*

*Del llano (fútbol)*

*Diario íntimo de M.A. Rufo*

---

18. Felipe Garrido. *Conjuros*. México: Jus / Universidad de Guadalajara / Centro Universitario de la Costa Sur, 2011. (Serie Contemporáneos).

*Don Atanasio Argúndez y Ávila*

*El Marinero Ilustrado*

*Hagiografía de santos, vírgenes y eremitas*

*Historias de san Barlaán para el príncipe Josafat*

*Joaquín Armenta*

*Leyendas taumatúrgas*

*Los cuentos de la tía Martucha*

*Memoria de tu piel (cuentos eróticos)*

*No tengas miedo (fantasmas, demonios, hechiceras, chaneques y otros seres)*

*Relatos no precisamente amorosos*

*San Miguel de Afuera / San Miguel de Adentro*

*Sirenas*

*Tepalcates (barro y creación)*

*Tribulaciones laborales*

*Un día como todos (estampas cotidianas) 19*

---

19. La presente lista se realizó en base a un primer acercamiento que hizo el crítico Joaquín-Armando Chacón. Véase "FG: la cotidianidad de lo fantástico" en *La Cultura en México*. Núm. 2,127 (30 de marzo de 1994), p. 55 y se ha ido enriqueciendo a lo largo del tiempo con diversos ensayos que he realizado en torno a la obra de Felipe Garrido.

Ya se han publicado varias antologías que versan sobre estos ciclos: *Cosas de familia. Relatos de seres fantásticos* (SEP, 1984); *La primera enseñanza* es una novela corta que se centra en la serie El Marinero Ilustrado; *Del llano* reúne cuentos sobre el fútbol (aunque faltarían otros textos por incorporar); *Tepalcates* (barro y creación); *Historias de santos* (hagiografía de santos, vírgenes y eremitas) ilustrado por Waldo Saavedra; *Memoria de tu piel. Cuentos eróticos*; *Los Cuentos de la Tía* (Mar de Sirenas, 2012), *Tribulaciones laborales* (Mar de Sirenas, 2013); y, naturalmente, la presente antología, titulada

**NO TENGAS MIEDO. RELATOS DE FANTASMAS, DEMONIOS, HECHICERAS, CHANEQUES Y OTROS SERES**

integrada por veinticuatro relatos que corresponden a la Nostalgia de la vida (fantasmas); seis a Demonios, diablos y diablejos; seis a hechiceras; y trece cuentos de Otros seres. En total, cincuenta textos que responden a la segunda y quinta etapa de la narrativa de Felipe Garrido determinadas por el cuento corto.

La primera abarcaría sus libros *Viejo continente a Con canto no aprendido* en donde se desarrollan crónicas periodísticas y cuentos largos. La segunda etapa

contempla de *Con canto no aprendido* a *Garabatos en el agua* en donde se evoluciona a cuentos cortos (la tercera etapa se establece con *La urna*). En palabras del mismo Garrido:

*Viejo continente es entre cuento y crónica, son crónicas que se convierten en cuentos. Allí hay algunos textos que le agradezco a Luis Spota que los publicara, porque nada tienen que ver con la realidad. Es un personaje visto en la calle y una historia construida sobre ese personaje. Con canto no aprendido es el primer libro en el que hay la voluntad de que sean cuentos: allí ya no quiero disfrazarlos de periodismo y se lo debo a Alí Chumacero, ya que le enseñé el libro para que me diera su opinión, cuando se lo pedí me comentó: 'Ya se lo pasé a la imprenta', pero Alí, le dije, lo quería corregir; 'Ya déjalo, que se vaya así como está', me contestó. El último cuento de *Con canto no aprendido* es una carta, un cuento ya corto. Después de que lo escribí, no sé qué pasó, el caso es que los siguientes ocho o nueve cuentos eran así: cortos. No sabía qué hacer con ese material, se lo ofrecí a Huberto Batis y me dijo: 'Voy a publicar uno cada semana'. Mientras aparecían esos cuentos, seguía escribiendo otros textos breves y fueron ocho años que se publicaron en *Sábado*.<sup>20</sup>*

Aparte de los textos provenientes de esta segunda etapa, se incluyen también relatos en torno al miedo y a lo extraordinario que surgen de la novela corta

---

20. Véase Alejandro García. "Imágenes de la eternidad. Entrevista a Felipe Garrido" en *Ritmo. Imaginación y crítica*. Núm. 15, pp. 22-30.



que es *La primera enseñanza* (cuarta etapa) y de la columna semanal “Mentiras transparentes” (quinta etapa que también abarca el libro *Conjurros*, colección de 303 textos, muy breves, que quieren ser cuentos).

### ¿CÓMO SURGEN ESTOS TEMAS EN LOS CUENTOS DE GARRIDO?

ya que más que fincados en la novela gótica, el cuento fantástico alemán (Goethe, Ludwig Tieck o Hoffmann), la novela negra inglesa o el satanismo francés, se nutren del romanticismo español de una poesía orientada a una representación literal, de lo verosímil hacia un propósito puramente estético, y la irrisión que se erige como salida bondadosa de la conmoción que implica su lectura.

Proviene, en primer término, de la infancia de Garrido, cuando sus varias abuelas llenaron su imaginación de relatos ancestrales y que marcarían, como excelentes cuenteras, el rescate de historias orales.

Por otra parte, una atenta lectura remite a la intertextualidad de la tradición hispana que Garrido siempre ha mantenido como baluarte (más afín a Gustavo Adolfo Becquer con sus *Rimas, leyendas y narraciones*) en donde se inicia en la prosaica vida

cotidiana y se finaliza en el ámbito de lo absolutamente sobrenatural.<sup>21</sup>

Existe también la influencia del Modernismo, la obra de Ramón López Velarde y Julio Torri, la narrativa de Juan Rulfo y Juan José Arreola, el rescate de leyendas mexicanas y la narrativa de Julio Cortázar. En una entrevista, Garrido reafirmó estos ascendentes:

*una influencia por supuesto es Arreola, otra es Torri, otra es Monterroso; tengo gusto por los textos breves quizás a partir de la lectura de estos escritores. Por ejemplo, Cortázar, los libros de pedacería de Cortázar: Último round y La vuelta al día en 80 mundos son libros que he leído muchas veces, que me gustan; quizás detrás de eso está la lectura de mucha poesía, porque a mí me gusta mucho y creo que soy un buen lector de poesía, que he leído a muchos poetas.*<sup>22</sup>

Prosa poética que se devela hacia jaspeadas imágenes líricas en torno a la naturaleza: “el viento desgaja los árboles y dobla los bambúes; cuando los nubarrones que llegan del norte se desploman en relámpagos y en lluvia tan apretada que borra la tarde”; y al espejo de reflejos que es la mujer: “he conocido el amor en tu

21. Rafael Llopis. *Historia natural de los cuentos de miedo*. Madrid: Júcar, 1974, p. 114.

22. Véase María Isabel Saldaña. “Felipe Garrido” en *Páramo de espejos. Personajes en la comarca lagunera*. México: Universidad Iberoamericana Laguna / Migue Ángel Porrúa, 2001, pp. 111-138.

mirada... empiezo a escribir. Los labios me queman cuando la beso”; morena, de labios gruesos, color de sangre”.

Otra influencia que se entreteje es el Modernismo:

*una prolongación de otra manera de vivir y de morir que llamamos romanticismo. De uno a otro se conservan, por ejemplo, la pasión por la libertad y la soledad, el gusto por lo lúgubre, la afición por el pasado y los lugares exóticos, la veneración por los rebeldes y los marginados, la curiosidad y el orgullo por lo autóctono —el paisaje, los próceres, las culturas prehispanicas—, la debilidad por lo nocturno, lo ambiguo, lo vagaroso, la fascinación rendida ante la mujer que, a menudo, es sobre todo la encarnación del misterio y despierta a un mismo tiempo deseo y horror.*<sup>23</sup>

Sin olvidar a Manuel Gutiérrez Nájera, con su poema “Tristissima Nox”, preludio que explora el miedo, los fantasmas, los monstruos de la noche y el deseo. Influencia modernista labrada en Felipe Garrido con rasgos hacia lo pavoroso, la exaltación de lo nocturno (varios cuentos suyos se llaman así), y con “La urna” se redime irremediable ante la mujer, latente conjuro que evoca también la poesía de López Velarde, y encuentra su mejor ejemplo en la estampa poética de Garrido titulada “Relicario”:

---

23. Felipe Garrido. “Los poetas modernistas y Saturnino Herrán” en *Tierra con memoria*. México: IPN / SOGEM, 1997, p. 51-63.

*Ella peina su cabello como se peina a los muertos. Asomada a un espejo de sombras yergue el torso desnudo: un relicario de oro le cuelga entre los pechos. Pondría a sus plantas la rosa que porto, becha de espinas. Le diría en silencio palabras oscuras. Bebería en sus manos el sueño. Dormiría a su lado como duerme el viento en la isla. Si conociera el secreto, abriría el relicario para darle a guardar mis huesos.<sup>24</sup>*

López Velarde es presencia y esencia a quien Garrido ha honrado en diversos ensayos y ediciones en torno a su obra y a la vez, retomó varios elementos de su narrativa, entre ellos, la presencia de fantasmas niñas en poemas de oscuros y entrañables estremecimientos que la pluma de Velarde tiñe de sangre: “La niña del retrato, / se puso seria, y se veló su frente, / y endureció los dos ojos profundos, como una migajita de otros mundos / que caída en brumoso interinato, / toda la angustia sublunar presente”; y la mujer como incipiente maldad, suma de pasiones y tentaciones, vale como ejemplo un fragmento del simbólico poema del jereziano “Te honro en el espanto”: “y porque eres, Amada, la armoniosa elegida / de mi sangre, sintiendo que la convulsa vida / es un puente de abismo en que vamos tú y yo, / mis

---

24. *La Musa y el garabato*. México: FCE / UG, 1992, p. 60.

besos te recorren en devotas hileras / encima de un sacrílego manto de calaveras / como sobre una erótica ficha de dominó.<sup>25</sup>

Por otra parte, el relato de Felipe Garrido “No abras la puerta” es el pórtico que nos conduce a la directa influencia de Torri en su narrativa, traducida en brevedad y precisión en los textos.<sup>26</sup> “*Vóyerista desencantado*”, como lo definió magistralmente Inés Arredondo, Torri dejó la impercedera impronta de su efigie a sus estudiantes de la Facultad de Filosofía y

---

25. Garrido ha escrito sobre López Velarde el artículo “La pasión risible” en *Dos Valles*. Vol. 1, núm. 4 (octubre-diciembre 1988), publicado también en *Minutos velardianos. Ensayos de homenaje en el centenario de Ramón López Velarde*. México: UNAM, IIE, 1988, pp. 98-106 y *Tierra con memoria...* pp. 35-43, así como en la *Obra poética de Ramón López Velarde*; ed. José Luis Martínez. México: Conaculta / Archivos, 1998, pp. 678-689. También realizó las ediciones *Ramón López Velarde. Novedad de la patria*. México: Conaculta, 2009. (Summa Mexicana); *López Velarde para jóvenes. Poesía*. México: Gobierno del Estado de Zacatecas / UAZ / INBA / Asociación Nacional de Libreros, 1988; *Novedad de la patria, y otras prosas de Ramón López Velarde*. México: Asociación Nacional de Libreros, 1987 (2ª ed., *López Velarde para jóvenes. Prosa*. México: Gobierno del Estado de Zacatecas / Universidad Autónoma de Zacatecas / INBA / Asociación Nacional de Libreros, 1988); *Saturnino Herrán. Acompañado por textos de Ramón López Velarde*. México: Fondo Editorial de la Plástica Mexicana, 1988.

26. Sobre este autor Garrido hizo la edición *Julio Torri de bolsillo*; introd. y selec. FG. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 1989; así como la conferencia “Pedro Henríquez Ureña y Julio Torri, las hojas más altas” dictada en el Centro de Enseñanza para Extranjeros, UNAM (13 de junio de 1996) y la Mesa Redonda *Pedro Henríquez Ureña y el Ateneo de la Juventud*, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM (8 de octubre de 1996); publicada después como “Las hojas más altas” en *De la Escuela de Verano al Centro de Enseñanza para Extranjeros (Memorias del 75 aniversario)*; coord., pról. y ed. Miguel Ángel Castro. México: UNAM, 1999, pp. 308-318.

Letras; en palabras de Luis Mario Schneider, alumno suyo en la década de los sesentas:

*la fama del hombre Julio Torri estaba cargada de una presencia de sensualidades y erotismos, de miradas pícaras y soslayadas sobre alguna de sus alumnas que lo sacaban de quicio por su belleza. También de gran selección de textos de literatura peninsular con referencia a pasajes escabrosos, voluptuosos. Quién que fuera alumno de Julio Torri no recordará aquel romance de la doncella violada y saciada que lo ponía, cuando leía en trance especial.*<sup>27</sup>

Garrido recrea en “No abras la puerta” una de las clases de Torri enmarcada en un espacio sin tiempo. Hombres sibilinos y mujeres aletargadas, ancianos grotescos quedan atrapados por no oír premonitoria advertencia: “En alguno de los tres pisos de la Facultad se halla el salón. Nada lo distingue. Abres una puerta y allí estás. Ni siquiera sé si es en el mismo lugar. Lo mejor es que no entres, que te marches enseguida, que no abras la puerta”.

En el caso de la influencia de Juan Rulfo, Garrido fue atento a sus lecciones: concretamente a la que desdibuja lo temporal y espacial entre las animas y adelgazar la frontera entre la vida y la muerte,

---

27. De tinta ajena; pról. Beatriz Espejo. Toluca: Universidad Autónoma del Estado de México / Instituto Mexiquense de Cultura, 2003.

lo cual se puede apreciar en los textos que integran la primera parte de esta antología titulada Nostalgia de la vida, concretamente en “Lluvia” y “Camposanto” los cuentos más cercanos a la tradición rulfiana, pero menos estigmatizados por el tormento del pecado. En palabras de Garrido:

*un motivo de fascinación mayor es la obsesión de Rulfo por la culpa original; por las posibilidades de salvación o de condenación eterna; por las ánimas en pena: seres con nombre, historia, pasiones [...] Y por lo visto —así nos lo dice la recepción de Rulfo en el mundo—, estas realidades del espíritu son comunes a todos los pueblos. Y no están vistas con la mirada del antropólogo, siempre un poco ofensiva, que llega a estudiar costumbres o creencias que para él son extrañas; están vividas, porque quien escribe es un creyente más. Todos vivimos habitados por muertos.<sup>28</sup>*

Vale la pena recordar sobre estos tópicos la opinión de Rulfo en una plática que sostuvo con Joseph Sommers en torno a *Pedro Páramo*:

*es un pueblo muerto donde no viven más que ánimas, donde todos los personajes están muertos, y aun quien narra está muerto. Entonces no hay un límite entre el espacio y el tiempo. Los muertos no tienen tiempo ni espacio... Entonces así como aparecen, se desvanecen. Y dentro de este confuso mundo, se supone que los únicos que*

---

28. Felipe Garrido. *Voces de la tierra. La lección de Rulfo*. México: UNAM, 2004, p. 4.

*regresan a la tierra (es una creencia muy popular) son las ánimas, las ánimas de aquellos muertos que murieron en pecado. Y como era un pueblo en que casi todos morían en pecado, pues regresaban en su mayor parte. Habitaban nuevamente el pueblo, pero eran ánimas, no eran seres vivos.*<sup>29</sup>

Aunque la fundamental veta en Felipe Garrido —influencia mayor de su vida y de su literatura, el autor que más cita sin nombrarlo, si cabe la contradicción, afirma el crítico Eduardo Mejía— es la narrativa de Julio Cortázar donde el horror se mantiene agazapado en los intersticios de la realidad.<sup>30</sup>

Cortázar señaló alguna vez que a sus cuentos se les denominaba fantásticos sólo por falta de un nombre más apropiado. Así ocurre también con textos y viñetas de Felipe Garrido: son fantásticos a falta de otro buen nombre: prosas llenas de imágenes poéticas donde hay un puente tendido entre lo real y algo que está un poco más allá de la realidad, permeadas por la incertidumbre del miedo, tal es el caso de

---

29. Joseph Sommers, “Los muertos no tienen tiempo ni espacio (un diálogo con Juan Rulfo)” en *La Cultura en México*. Núm. 1,051 (15 de agosto de 1973), pp. vi-vii.

30. Eduardo Mejía. “Felipe Garrido, el hooligan de la literatura mexicana” en *La Cultura en México*. Núm. 2094 (11 de agosto de 1993), p. 53. “La noche boca arriba”, “Axolotl”, “Las armas secretas”, “Casa tomada”, “Las barbas del diablo”, “Continuidad en los parques” y “Relatos con fondo de agua”, serían brillantes ejemplos de la obra de Cortázar.



primera parte de la presente antología que incluye narraciones de almas en pena, espíritus y la personificación de la muerte. En ciertos los relatos como “La visita”, “Ver para creer”, “Voces”, “Lecturas” e “Incrédulos” la narración se inicia anclada en la terca realidad, como una escena de la vida cotidiana descrita con nitidez y precisión donde los protagonistas son siempre escépticos y en la mayoría de los casos hasta cínicos en relación con los poderes sobrenaturales, lo cual se transforma brutalmente a medida que avanza la trama:<sup>31</sup>

*los cuentos modernos de fantasmas son muy diferentes a los anteriores en su enunciación y en su enunciado. Van descubriendo poco a poco y con sutileza la calidad de espectro de ente de ficción y con ello provocan, no sólo asombro y un grato y leve terror en el que lee, sino un genuino goce estético;*<sup>32</sup>

que en el caso de la narrativa garridiana, se reafirma con “la aparición de fantasmas en la vida cotidiana; hay también asomos a lo absurdo y a lo fantástico”.<sup>33</sup>

31. Richard H. Tyre en su *A note to teachers and parents*: New York: Ballantine Books, 1967.

32. M.E. Bermúdez, *Cuentos fantásticos mexicanos...*, *op.cit.*

33. Vicente Torres y Victor Ronquillo. “*Garabatos en el agua* (entrevista a Felipe Garrido) en *Sábado*. Núm. 439 (8 de marzo de 1986), p. 7.

Deambulan así almas que vagan en los lugares en que murieron, cumplen promesas y obligaciones, mantienen un amor suspendido allende de la vida, con la férrea necesidad de existir en ese mundo que abandonaron y retornar en cualquier noche o en el Día de Muertos donde los fantasmas más que aterrar a los vivos sufren por no ser recordados, por el miedo de desaparecer en la bruma del olvido.

Todo lo anterior resumido en la pregunta más aterradora, aquella que nos conduce hacia otras dimensiones y realidades: “¿no quieres vernos, de veras no quieres vernos?”.

#### DEMONIOS, DIABLOS Y DIABLEJOS

maliciosos son: someten a los hombres con promesas de amor, de riqueza, de ambiciones. Y nadie mejor que Lucifer, príncipe de los demonios, príncipe del Infierno y príncipe de la mentira para encabezar sombríos escozores en la obra de Garrido:

*el tema de Satán, efectivamente, ha sido uno de los más fecundos. En él el terror puede jugar libremente con todos los registros de lo gesticulante, pues no hay ningún acto satánico que no tenga intención perversa, ninguna mímica que no produzca espanto, que incluso no sea terrorífica.*<sup>34</sup>

---

<sup>34</sup> F. Duvignaud. *El cuerpo del horror.... op. cit., p. 114.*

Relatos que van desde el pintor Andrés de Vera Esperanza, repleto de inspiración pero cercano a la perdición, quien dibujaba sin recato alguno, en capillas pueblerinas, demonios de cadera bisiesta que guiaban a Adán y Eva hacia la libertad; pasando por diablos que encantan con sus palabras a hombres prudentes y santos hasta demonios que adoptan formas animales. Sin olvidar, la presencia de los chaneques “chaparritos, sombrerudos y güeros”, que para “el indígena mexicano puede tener miedo hasta de perder su alma, y esta ‘enfermedad del pavor’ (*susto o espanto*) es provocada por los chaneques, pequeños demonios maléficos”.<sup>35</sup>

#### HECHICERAS

blancas, esbeltas y flexibles, ojos de infierno que seducen a los hombres:

*ya desde el Antiguo Testamento leemos el anatema contra las brujas y la cruel recomendación de exterminarlas; hay un temor ancestral hacia el poder mágico de las mujeres; ha sido condenado, es peligroso, encierra secretos, guarda en su interior el estigma de la existencia, la evidencia de la muerte, la voluntad infinita de lo poético.*<sup>36</sup>

35. *Idem.*, p. 60.

36. H. Pascal. *Habitantes del sueño...*, op. cit., pp. 5-6.

En la publicación del *Maleficarum* o *Martillo de brujas* en Alemania en 1486, compendio de procedimientos legales para los habitantes de la oscuridad y todo lo que se conocía sobre las brujas, realizado por los inquisidores dominicos Henryr Kramer y James Sprenger hasta la época actual las hechiceras se hermanan ancestralmente con metáforas mitológicas que evocan, conjuran, atraen a las siervas del demonio que tientan a los hombres:

*Un día el muchacho vio a una mujer. Y preguntó, como siempre, qué era, para qué servía, cómo se llamaba. Uno de los criados, agrío y solemne, le dijo:*

*—Eso se llama demonio. Su tarea es seducir a los hombres y provocar su perdición.*

*Poco después el rey fue a ver a su hijo y le preguntó qué era lo que más le había gustado. El príncipe respondió:*

*—El demonio, padre. El demonio que seduce a los hombres es lo más hermoso que he visto. [De las historias de san Barlaán para el príncipe J̄osafat],<sup>37</sup>*

Garrido acude en sus textos a los temores regionales desde las “Dos hermanas” que llevan a sus

---

<sup>37</sup> F. Garrido. “Demonio” en *Conjuros...*, op. cit. p. 114.

víctimas al río para ahogarlos, de madrastras que cubren con máscaras su perversión o la “Mujer del manto” de cuencas vacías y boca descarnada que vaga por “Tierra Caliente”:

*esas mujeres de Ocumicho, que se encargan de barro, tienen un poder sobre los demonios de la tierra y de las aguas, del viento y de las montañas, no el demonio cristiano, aunque muchas veces así lo representen, sino esos otros espíritus de las religiones animistas que podrán ser malignos, pero que más bien son imprevisibles y malamente gobernables.*<sup>38</sup>

Como gema que ilumina la oscuridad, destaca el cuento “Dicen” —incluido en *la Musa y el garabato*—, miniatura narrativa cuyo tema es el mito de Circe.<sup>39</sup> El crítico literario José Eduardo Ser-rato, en un agudo ensayo, analiza este relato y la poética de la brevedad:

*en mi opinión, el arte de Garrido se puede resumir en el cuento ‘Dicen’, homenaje, a manera de palimpsesto escrito en un grano de arroz, que incluye no sólo a la Circe de Torri y de Silva y Aceves, sino también a la de Julio Cortázar, e incluso encierra*

---

38. Elda Maceda. “Felipe Garrido: la mujer, barro puro en *El Universal* (21 de agosto de 1996), p. 3-C.

39. Julio Torri escribió “A Circe” en *Tres libros. Ensayos y poemas. De fusilamientos. Prosas dispersas*. México: FCE, 1964. p. 9; y Mariano Silva y Aceves. “Homero” *Un reino lejano. Narraciones. Crónicas. Poemas*; estudio prel. Serge I. Zaitzeff. México: FCE, 1987, pp. 6566, en donde se hace clara alusión a la diosa hechicera “de las divinas trenzas”.

*una remota referencia al mito de la diosa Cibualcóatl. 'Dicen' por tanto, sintetiza la propuesta textual lúdica en la que Garrido engarza una frase, una imagen, un tema que nos remite a textos significativos no sólo de la narrativa sino también de la poesía.*<sup>40</sup>

El ambiente es nocturno y siniestro, casi gótico, continua Serrato, la Circe, musa proletaria, es el símbolo erótico de las chicas atractivas que deambulan cotidianamente por el Metro, pero con un cierto sentido justiciero, pues si en la realidad la mujer atractiva, por regla general, es víctima de la agresión machista, el texto castiga al agresor, pues las artes mágicas de Circe regresan al lujurioso a su condición de bestia, de perro. Pero hay un sustrato más interesante en este minirelato, se trata de la presencia del mito prehispánico de Cihualcóatl, la diosa que se aparecía en los mercados y dejaba una cuna en la cual se hallaba un puñal de sacrificio. Es también la diosa que voceaba y bramaba en la noche, la diosa que

---

<sup>40</sup> Véase Eduardo Serrato Córdova. "Una estética del palimpsesto" en *Cuento y figura*. Tlaxcala: UAT, 1999, pp. 263-269.

“se llama Cihualcóatl, que quiere decir mujer de la culebra; y también la llamaban Tonántzin, que quiere decir nuestra madre”.<sup>41</sup>

Garrido se integra así a la mención de dioses precortesianos en los relatos fantásticos, como ejemplo estarían Carlos Fuentes con “Tlatocatzine del jardín de Flandés” y “Chac mol” en *Los días enmascarados* (1956) o José Emilio Pacheco en “La fiesta brava” donde un turista norteamericano es sacrificado por aztecas.

#### OTROS SERES,

ultimo apartado de la antología, inicia con “Cariacias” que asume ecos modernistas y también evoca a Efrén Rebolledo —hombre de simbolismos, forjado dentro de la perfección estilística de un posmodernismo como acucioso joyero del idioma— en la parte final de su poema “El vampiro”, posesión y deseo de

---

41. El texto de Sahagún relata de la siguiente manera, el mito de Cihualcóatl: “decían que esta diosa daba cosas adversas como pobreza, abatimiento, trabajos, aparecía muchas veces, según dicen, como una señora compuesta de unos atavíos como se usan en palacio [...]. Decían que de noche voceaba y bramaba en el aire”. Capítulo VI, “Que trata de las diosas principales que se adoraban en esta Nueva España”, del Libro I de la *Historia General de las Cosas de la Nueva España*; ed. Ángel María Garibay K. México: Porrúa, 1976.

inmortalidad instantánea: “Y mientras yo agonizo, tu sedienta, / finges un negro y pertinaz vampiro / que de mi ardiente sangre se sustenta”.<sup>42</sup>

Seres que conducen al pavor en su estado más puro como el indescifrable Capora “hombre cubierto de vello, enorme, de brazos largos y gran cabeza”; los aoao que devoran a las personas que deambulan por el monte; los “semejantes” que pueden convertirse en perros y cerdos; momias en arcanos sarcófagos que pugnan por salir; y el Gentil que es un animal que parece hombre, cubierto de escamas, aletas y membranas en las mano; sin olvidar a nahuales y lobos en tropel que hincan sus colmillos en víctimas inocentes.

Ya para concluir, a manera de *Corolario*, se incluye una crónica que Garrido escribió a fines de la década de los sesenta cuando un viaje a Europa en 1968, la cual corresponde a su primera etapa como cuentista:

*los trabajos de Viejo continente aparecieron en su mayoría en el suplemento cultural de El Heraldo, que dirigía Luis Spota. Mientras las colaboraciones de Contenido estaban más subordinadas a la noticia, las de El Heraldo me daban más libertad porque yo no tenía que informar nada a los lectores, simplemente tenía que presentar un texto que a juicio de Spota fuera interesante.*

---

42. Alejandro García. “El vampiro de Efrén Rebolledo” en *La Luciérnaga*. Núm. 1 (abril-mayo de 2000), p. 16.



*Aunque hay un sesgo reporteril en los artículos de Viejo continente, siento que ya son casi cuentos. Hay la preocupación por un final sorpresivo, por presentar a los personajes con cierta animación. A veces se nota la parte informativa, pero siento que ahí, bajo el disfraz del periodista está el cuentista.*<sup>43</sup>

Surgió así “Un hombre asustado”, ubicado en Ámsterdam, Holanda, el cual, aunque no es propiamente un cuento que aborde las fronteras de lo sobrenatural, sí nos enfrenta al temor más profundo, más corrosivo, cimbrado en los dolorosos recuerdos, aquel que nos enfrenta a nosotros mismos, ya que conforme se avanza Garrido presta más atención a los personajes: el guardia del museo Stedelijk de Amsterdam, asustado por la noticia de la invasión de los tanques rusos de Checoslovaquia en agosto de 1968, que le recuerda la ocupación nazi en 1940.<sup>44</sup> Ya lo señaló una vez Guy de Maupassant: “el auténtico miedo es algo como un recuerdo de los terrores fantásticos de otros tiempos”:<sup>45</sup>

*muchos días después, no he logrado olvidar al hombre con miedo.  
Más que los cuadros de Van Gogh, más que las obras de los artistas*

43. Véase Vicente Torres y Víctor Ronquillo. “Garabatos en el agua...”, *op. cit.*

44. Óscar Mata. “Viejo continente” en *La Palabra y el hombre*. Núm. 59-60 (1986), pp. 143-146.

45. Guy de Maupassant. “El miedo” en *Cuentos fantásticos*.

norteamericanos, lo que recuerdo de aquel museo es el guardia en su taburete, lleno de miedo y dispuesto a contagiárselo. Ante su terror todo el arte que el hombre ha creado carece de sentido, no tiene razón de ser. O ¿será exactamente lo contrario?<sup>46</sup>

Todo lo anterior, categórica conclusión, definida magistralmente por Sábato:

*Uno se embarca hacia tierras lejanas, o busca el conocimiento de hombres, o indaga la naturaleza, o busca a Dios; después de advierte que el fantasma que se perseguía era Uno-mismo.*<sup>47</sup>

---

46. F. Garrido. “El hombre asustado” en *El Heraldo cultural*. Núm. 151 (29 de septiembre de 1968), p. 7 y cambió de título a “Un hombre asustado” en *Viejo continente*. México: SEP, 1973, pp. 84-89. (SepSetentas, 58).

47. En una entrevista realizada a Garrido en el 2010 le pregunté sobre el origen de esta cita y el por qué la incluyó como “Advertencia” en *Viejo continente*. Su respuesta fue: “no sé en qué momento encontré la cita de Sábato, tal vez de regreso de Europa en 1969, cuando comencé a trabajar en el Centro de Enseñanza para Extranjeros de la UNAM impartiendo un Seminario de Tesis, era una clase muy divertida y difícil porque se recibían alumnos de las cuatro áreas que el CEPE ha tenido (Español, Literatura, Historia del Arte e Historia), lo cual ponía a uno a trabajar y estudiar mucho, ya que llegaban alumnos con temas muy distintos. La primera tesis que dirigí fue *El laberinto metafísico de Ernesto Sábato. Un análisis temático de sus novelas* de una alumna muy brillante, Susan B. Kapilian, quien llevaba varios años investigando a Sábato y tenía una colección fantástica de bibliografía y mucho miedo de que se la robaran o plagiaran. Andaba todo el día con sus dos maletitas con esta información, las llevaba donde fuera, no las perdía de vista nunca. Antes yo no había leído a Sábato, conocía algunas de sus discusiones con Borges. Nunca terminaré de agradecerle a Susan, ni al CEPE que me hayan puesto a leer todo Sábato y creo que en *Nombres y engranajes* o *En uno y el universo*, es donde debí haber encontrado esa cita, y en este caso Sábato estaba cumpliendo una de las mayores funciones de los poetas y de los escritores: dicen lo que tú quisieras decir, sólo que mejor. Véase Alejandro García. “Imágenes de la eternidad...”, *op. cit.*



# NO TENGAS MIEDO



RELATOS DE FANTASMAS,  
DEMONIOS, HECHICERAS,  
CHANEQUES Y OTROS SERES

editado por el CCH Naucalpan, se terminó de imprimir el diecisiete de enero de 2016 en los talleres de CCH Naucalpan, la edición consta de 50 ejemplares numerados. El papel en que se imprimió es Bond cultural de 75 grs. para interiores y cartulina Eggshell de 260 para los forros, en su composición se utilizó la tipografía Hoefler Titling; la impresión es digital. El cuidado de la edición estuvo a cargo del editor y del autor.



## DIRECTORIO

### UNAM

*Dr. Enrique L. Graue Wiechers*

Rector

*Dr. Leonardo Lomeli Vanegas*

Secretario General

*Ing. Leopoldo Silva Gutiérrez*

Secretario Administrativo

*Dr. Alberto Ken Oyama Nakagawa*

Secretario de Desarrollo Institucional

*Dra. Mónica González Contró*

Abogada General

*Dr. César Iván Astudillo Reyes*

Secretario de Servicios a la Comunidad

*Renato Dávalos López*

Director General de Comunicación Social

### CCH

*Dr. Jesús Salinas Herrera*

Director General

### CCH NAUCALPAN

*Dr. Benjamín Barajas Sánchez*

Director

*Mtro. Keshava Quintanar Cano*

Secretario General

*Biol. Rosa María García Estrada*

Secretaria Académica

*Lic. Raúl Rafael Rodríguez Toledo*

Secretario Administrativo

*Mtra. Olivia Barrera Gutiérrez*

Secretaria Docente

*Biol. Guadalupe Mendiola Ruiz*

Secretaria de Servicios Estudiantiles

*Ing. Víctor Manuel Fabian Fariás*

Secretario Técnico del Siladin

*Mtro. Ciro Plata Monroy*

Secretario de Cómputo y Apoyo al Aprendizaje

*C.P. Ma. Guadalupe Sánchez Chávez*

Secretaria de Administración Escolar

*Lic. Rebeca Rosado Rostro*

Jefa de la Unidad de Planeación

*Lic. María Eugenia Ortiz Luna*

Jefa de Depto. de Impresiones

